

POLITICA Y ESPIRITU

R231
154
2
3
1

EN ESTE NUMERO:



LA CRITICA AL GOBIERNO
(Política Nacional)



LA PUGNA ENTRE ESTADOS UNIDOS Y
RUSIA
(Política Internacional)



PLANTEAMIENTOS SOBRE CAPITALISMO Y
SOCIEDAD COMUNITARIA, por
Lino Rodríguez-Arias
Jaime Castillo Velasco
Héctor Valenzuela Valderrama

OCTUBRE 1959 - PRIMERA QUINCENA

4079

**POLITICA
Y
ESPIRITU**

DIRECTOR

Jaime Castillo

REDACTORES:

*Jorge Cash, Ana Helfant, Hernán Po-
blete, Alejandro Magnet, Héctor Va-
lenzuela.*

REDACCION Y ADMINISTRACION

Ahumada 57, fono 63121, casilla 3547,
Santiago de Chile.

Valor de la subscripción a 24 números
(Un año) \$ 3.300. Extranjero: US\$ 4.

Las subscripciones deben enviarse a
Editorial Del Pacífico, S. A. Casilla
3547, Santiago de Chile.

I N D I C E

PUNTOS DE VISTA	1
POLITICA NACIONAL.—Período de discursos. Un Ple- no comunista. El senador Faivovich a la palestra. El liberalismo cobra personalidad. Una respuesta brava	3
POLÍTICA INTERNACIONAL.—El poder explosivo de la miseria. Siempre se es liberal con los ricos. De 10.000 a 21.000 millones, y no basta. Un pueblo a la defensiva. ¿Por qué van adelante los rusos?	8
LA SOCIEDAD COMUNITARIA, por <i>Lino Rodríguez- Arias Bustamante</i>	11
VIAS PARA TRANSFORMAR LA EMPRESA CAPITA- LISTA, por <i>Héctor Valenzuela Valderrama</i>	21
NOTAS TEORICAS.—El capitalismo y el pensamiento cristiano, por <i>Jaime Castillo Velasco</i>	26
LOS LIBROS.—La Fiesta del Rey Acab, por <i>Enrique Lafourcade</i>	31
DOS SEMANAS DE ARTE	32

www.archivopacifico.cl

● A FINES DEL PRESENTE MES, EN LIMA, SE CELEBRA EL TERCER CONGRESO INTERNACIONAL DEMOCRATACRISTIANO. Es importante señalar este acontecimiento. La Democracia Cristiana es actualmente una realidad nacional en muchos países y, a la vez, internacional. Su internacionalismo se adapta a las únicas formas democráticas y fraternas que son posibles para una relación entre movimientos políticos. No se trata en ella ni de sujeción a un Gobierno o Partido determinado, ni tampoco de buscar orientaciones generales que se aplican mecánica o servilmente en los países respectivos. Nada de eso. Se trata, por el contrario, de la amistad abierta, para estudiar problemas comunes, de grupos ideológicos íntimamente unidos en la doctrina de todos. Esta unidad básica se ha visto consolidada poco a poco. Sus experiencias ideológicas de los primeros tiempos se han ido convirtiendo en estudio de problemas concretos. En Lima se abordarán cuestiones generales de aplicación a casi todos los países latinoamericanos. Los problemas de América desfilarán ante las Comisiones de Estudio del Congreso. Una voz múltiple y única a la vez los someterá a un análisis serio.

Esperamos que este Congreso tenga el éxito de otros torneos semejantes. La Democracia Cristiana sabe ya perfectamente que no se trabaja en forma aislada. La unidad democrática internacional de los grupos cristianos constituye un elemento político de primera fuerza en el panorama de Latinoamérica.

● EL VIAJE DEL PRIMER MINISTRO SOVIETICO A ESTADOS UNIDOS HA DADO Y DA LUGAR A TODA CLASE DE CONTROVERSIAS. Para muchos ha de resultar un poco extraño que el Gobierno de Estados Unidos reciba como huésped muy especial al hombre que representa, dentro del esquema forjado durante años, el prototipo de la dictadura sanguinaria. Por lo demás, eso es un hecho. Dentro de la actual etapa, el Gobierno soviético ha modificado mucho su anterior política. Ella es más blanda que en la época de Stalin. El solo hecho de que el Primer Ministro del herméti-

co Estado soviético ande discutiendo en las calles y plazas de Norteamérica, es un hecho bastante nuevo. Pero, no está demás recordar que el fondo de las cosas no ha cambiado. La Unión Soviética no es una democracia, sino un Estado totalitario. Ella representa un estilo particular de aplicar la técnica para obtener ventajas materiales. Eso es un experimento de larga data. Sabemos lo que pierde el ser humano cuando la técnica es puesta al servicio de ciertas inspiraciones deshumanizadas.

Pero, por otro lado, no creemos que se debe estar pesimista por el hecho de que los dirigentes de Estados Unidos y Rusia se visiten unos a otros. No sería de extrañar que, de este intercambio, los pueblos respectivos tengan algo que ganar. Los norteamericanos dejarán de lado esa mentalidad de anticomunismo estrecho tan influyente en los medios diplomáticos y tan eficaz para no comprender nada de lo que sucede en el mundo. Los soviéticos, a su vez, podrán empezar a entender mejor la vigencia de la libertad y de las nociones occidentales sobre la forma de Gobierno. Por nuestra parte, que tales intercambios se realicen lo más a menudo posible. Es la única manera de destruir las dos cortinas de hierro: la de los prejuicios sociales y la de las policías criminales.

● SON LAMENTABLES LOS INCIDENTES ENTRE CHILE Y ARGENTINA. Ellos responden siempre a pequeñeces incompatibles con los intereses de ambos países. El patriotismo interviene luego, en las columnas periodísticas, a fin de azuzar los errores o torpezas de los Gobiernos con palabras bélicas y altisonantes. Cualquiera puede percibir, tras de todo esto, la manifestación de falsas virtudes y el despliegue de procedimientos de baja estofa. Pensamos que los Gobiernos no pueden usar las relaciones internacionales como pretexto para crear hechos que favorezcan su gestión de los asuntos internos. Del mismo modo, parece bastante impropio, que por parte de otros Gobiernos, se dé la impresión de que se buscan represalias.

La opinión pública de Argentina y Chile no se dejará llevar, esperamos, ni por maniobras oficiales ni por afanes de falso patriotismo de algunos sectores.

LOS HECHOS

El Partido Liberal presenta un proyecto de reforma de la Ley Electoral destinado a suprimir la cédula única.

El Presidente liberal, senador Gregorio Amunátegui, desarrolla diversas gestiones con el objeto de formar un bloque de apoyo al Gobierno. Pronuncia un discurso en que plantea sus opiniones y atrae la atención sobre sus ideas.

Se celebra el Pleno del Comité Central del Partido Comunista. Se dan a conocer los candidatos a parlamentarios.

La Cámara de Diputados aprueba por unanimidad las conclusiones de un informe de la Comisión Investigadora del contrato telefónico. Dicho informe es desfavorable a la forma cómo está redactado el contrato en referencia.

Se aprueba en general un proyecto que establece normas para la enajenación de tierras magallánicas, creándose la Corporación de Magallanes.

Se anuncia de nuevo un debate en la Cámara sobre la exposición financiera del Presidente de la República, leída por radio días atrás.

Continúa la campaña del Gobierno a fin de conseguir que los establecimientos comerciales e industriales bajen sus precios.

La Cámara de Diputados es citada para iniciar la legislatura extraordinaria convocada por el Ejecutivo.

Se fija el temario del Segundo Congreso para la rehabilitación de la Zona Norte, a celebrarse en Antofagasta.

Discurso duro del senador Ampuero en contra del Gobierno en el Senado.

Sesión de la Junta Nacional del Partido Demócrata Cristiano en que acuerda oponerse a la reforma electoral propugnada por los liberales y protestar contra la persecución administrativa.

Período de discusiones

La política es una permanente alternativa de palabras y de hechos. En un momento dado, parecen predominar estos últimos. En ese instante, no importa mucho lo que los dirigentes puedan decir. En otros instantes, sin embargo, se produce como una necesidad de explicar las cosas que están ocurriendo. Y viene entonces una ola de argumentaciones oficiales o extraoficiales. Puede decirse que, en estos precisos momentos, estamos pasando un período de análisis. El senador Frei —hoy en Estados Unidos— fue quizás el que dio comienzo a esta nueva justa oratoria. Su discurso de crítica a la gestión financiera internacional del Gobierno, apoyado en eso por el senador socialista Humberto Martínez, dio lugar a la contestación radial del Presidente de la República mencionada en nuestro número anterior. En seguida, Raúl Ampuero tomó el mismo tema e hizo un agresivo y fuerte discurso en el mismo Senado en contra del Gobierno. Por otra parte, el dirigente radical Angel Faivovich, también senador, creyó necesario, en un contradictorio discurso de agra-

decimiento, dar a conocer, a su regreso de los países comunistas, el punto de vista extraoficial del radicalismo sobre la política criolla. Más adelante, el senador Gregorio Amunátegui, al ser elegido Presidente del Partido Liberal y más tarde en un agasajo a los periodistas, planteó posiciones oficiales de su partido.

Es posible que la polémica continúe en este tono. La Cámara de Diputados debe celebrar sesión especial para discutir los conceptos presidenciales sobre economía y finanzas. Además, la proposición del senador Amunátegui sobre reforma de la ley electoral vigente, las repercusiones internas de esta iniciativa en el Partido Radical, las gestiones liberales para formar un bloque orgánico de apoyo al Gobierno, la presentación en la Cámara de un proyecto de divorcio y, por último, la designación de un conservador unido como Superintendente de Educación, darán ocasión, sin lugar a dudas, a un agitado intercambio de puntos de vista.

Nos parece útil resumir en esta oportunidad algunos de estos planteamientos.

Pleno del Partido Comunista

A fines de la quincena anterior, el Comité Central del Partido Comunista celebró con la propaganda acostumbrada y la acogida que, en estos casos, le dispensa la prensa de Derecha. La reunión estaba destinada a examinar la situación. Puede afirmarse que fue un buen repaso a todo lo hecho y lo por hacer. El Partido, como se sabe, ha renovado un poco sus métodos. Si bien es verdad que todo el debate queda, de antemano, entregado a la Directiva, la cual elabora un informe básico y definitivo, también es cierto que ahora se discute más y se deja mayor publicidad a las intervenciones de los militantes. En el presente caso, la novedad estuvo en que se puso el acento sobre el aspecto sindical. Por de pronto, un dirigente sindical, miembro de la Comisión Política, Bernardo Araya, fue encargado de leer el informe central. Es un muy largo documento que plantea, hasta con crudeza, todas las cuestiones que interesan al Partido. Entre ellas, surge como central las que se refieren al alza del costo de la vida. Es decir, aparece obviamente la intención de atacar al Gobierno por el lado más débil y más inmediato a los intereses de los trabajadores. Este punto de vista permite al informante entrar muy pronto al análisis de la famosa exposición presidencial que comentamos en nuestro número anterior. Las tesis del informe pueden ser resumidas del modo siguiente: a) la política del Gobierno man-

tiene la sujeción de los intereses de Chile a las directivas del Fondo Monetario; b) la negativa de pagar los reajustes de salario ahondará los problemas del país; c) la cesantía está aumentando y no se ven nuevas fuentes de trabajo; d) es indispensable establecer relaciones comerciales con los países socialistas; e) salario mínimo, defensa del petróleo, defensa de las libertades públicas, desarrollo de los vínculos económicos con otros países americanos, cumplimiento de los salarios mínimos en el campo y pago de asignaciones familiares a los campesinos. /

El análisis del movimiento sindical es amplio y audaz. Se proponen modificaciones de orden táctico y organizativo. La constitución de grandes sindicatos por rama industrial es una de ellas. La otra la constituye la ampliación de la actividad de las Federaciones nacionales, a fin de que dirijan la lucha de todos los trabajadores de las respectivas ramas. Se previene, asimismo, contra un excesivo legalismo, demasiado atenido a las disposiciones de las autoridades del Trabajo y que estaría mermando el significado de lucha de los sindicatos. Se aboga también por la formación de una sola entidad sindical para los campesinos. El informe termina anotando que el Partido Comunista ha crecido en un 47% desde la fecha del último Congreso Nacional.

..El senador Faivovich a la palestra

Recientemente vuelto al país desde el extranjero, después de visitar los países comunistas, el senador Faivovich, que es posiblemente el hombre más autorizado del Partido Radical en materias económicas, planteó, con motivo de un homenaje que se le rindiera, algunas críticas al Gobierno. El senador por Santiago forma parte de los que, en su oportunidad, se deciden siempre por la línea de centro derecha, pero goza de estimación general. Su palabra parece tener, en estos instantes, un valor muy especial para los radicales. Eso se vio acrecentado por la atmósfera creada en torno a él por los comunistas. En efecto, el senador llegó hablando de la necesidad de tener relaciones comerciales con

el mundo soviético. El homenaje organizado en su honor fue, por lo tanto, una oportunidad psicológicamente bien elegida y el Partido Radical supo sacarle punta.

El señor Faivovich matizó sus aplausos con sus críticas. He aquí algunos de los pasajes de su discurso, cuya resonancia fue mayor que la del Presidente del Partido.

Por un lado, un elogio a la plataforma general gubernativa:

"Reconocemos que el Gobierno está rodeado de un prestigio que ha logrado ganar para Chile una posición de respeto aún en el ámbito internacional. Esta realidad ha sido factor decisivo en su positiva realización de ob-

tener en el exterior, los créditos convenientes y necesarios para cumplir la tarea de estabilización monetaria de desarrollo de nuestra economía y de cumplimiento de las obligaciones internacionales”.

En seguida, un tirón fuerte de orejas:

“Si nos proponemos ser leales con el Gobierno, debemos manifestarle con absoluta franqueza que la situación no admite esperas ni permite diferir las soluciones. Un pueblo prefiere vivir en un país con déficit presupuestario, antes de languidecer y morir en un país que constituya un modelo de orden financiero”. Y continuó: “Se ha pasado bruscamente de un régimen de relativo intervencionismo a uno de libre competencia, sin adoptar las medidas correspondientes a toda etapa de transición”.

Por fin, pronunció más palabras para enaltecer a su Partido. El radicalismo, dijo, representa al hombre medio de Chile y por eso mantiene siempre su influencia.

La verdad es, sin embargo, que el Partido está sometido, en estos instantes, a una presión. Sus viejos compañeros de ruta, los liberales, los invitan a reanudar más orgánicamente la alianza de 1948. Se trata, como se sabe, de la gestión con que ha iniciado el senador Amunátegui el ejercicio de su Presidencia del liberalismo. Todo conduce a la formación de un bloque político que apoyaría homogéneamente al Gobierno. Partici-

parían allí liberales, radicales, conservadores unidos y satélites de unos o de otros. Este bloque tendría, por cierto, un carácter electoral y político. No sería extraño que la mente del señor Amunátegui estuviese puesta tanto en la conquista de un Gabinete político como en la firma de un pacto electoral. Veríamos, pues, a los conservadores aceptando un acuerdo con radicales que, en otras circunstancias y cuando los interesados eran demócratacristianos, han rechazado con horror. Todo es posible, sin embargo, para su capacidad de oportunismo político... Pero, el primer paso de esta maniobra lo constituye la reforma electoral. Se trata de suprimir la cédula única y restablecer las secretarías de partido en los días de elecciones. Para que este proyecto pase se necesita el apoyo de los radicales y sus satélites; todos ellos partidarios de éstas medidas cuando ellas fueron dictadas. Se advierte que de lograr este acuerdo, el Partido Liberal da un gran paso al frente. Quedaría posiblemente libre el camino para la constitución del bloque antes señalado. Pero no será sin contratiempos. Un Centro de Estudios radical acaba de aprobar un furibundo voto en contra de esa iniciativa y otras podrán seguir. Mas, por otro lado, no hay que hacerse muchas ilusiones acerca de la firmeza de los radicales. El hecho actual es que ellos se mantienen dentro de un juego peligroso, al cual, por lo demás, están habituados. Por una parte, presionan al Gobierno y lo hostilizan; por el otro, sufren el contragolpe de su aproximación y las prebendas de que disfrutan.

El liberalismo cobra personalidad

No hay duda de que la designación del senador Amunátegui ha servido para entonar la plataforma del Partido Liberal. El nuevo Presidente se ha mostrado activo y con ideas precisas en la cabeza. El quiere volver, por lo pronto, al régimen en que no era difícil cohechar. Por supuesto, los conservadores le dan todo su apoyo en esta materia. Por otro lado, y más a largo plazo, él busca conformar de nuevo el bloque de que ya hablamos. Aquí se le suscita un problema: el de la voluntad presidencial. Para ir allegando fuerzas, el senador Amunátegui piensa, al parecer, comenzar por el bloque político, sin presionar al Jefe del Estado acerca de un Gabinete de po-

líticos, pero, al mismo tiempo dejando escapar ideas que tienen por objeto ablandarlo. Así, por ejemplo, se desprende con claridad de lo dicho por él, en términos aparentemente muy duros, sobre la pretendida independencia a que aluden algunos. Estas palabras, que reproducimos, tocan directamente al señor Alessandri:

“Entre quienes permanecen alejados de las colectividades políticas y prefieren mantenerse en actitud de independencia, con grave riesgo para las instituciones republicanas, hay, sin duda, muchos que pueden estar desilusionados, con mayor o menor dosis de ra-

zón, de la acción de los partidos. Pero su actitud no constituye un remedio para este mal de la democracia, sino que, por el contrario, lo agrava, al restar la influencia de opiniones valiosas sobre las deliberaciones de los cuerpos directivos de las asociaciones partidistas. Los hay también que se mantienen independientes por desidia, por comodidad, por olvido de sus deberes, por ambiciones malogradas, y, finalmente, y en gran proporción, por oportunismo. Resulta demasiado fácil dejar a otros el peso de mantener los partidos políticos, de hacer frente a toda clase de responsabilidades, de soportar no siempre gratas disciplinas, para adoptar un cómodo papel de espectadores que todo lo critican y nunca se equivocan, ya que, en cada oportunidad, saben precipitarse a engrosar las filas del bando que aparece con mayores probabilidades de vencer o que ya ha vencido.

Tampoco se puede ser eternamente independiente, como quien ejerce una profesión. Sería admisible que un ciudadano no tuviera ideas definidas frente a un problema o a una clase de problemas, pero resultaría demasiado absurdo que, en una democracia de funcionamiento adecuado, él se declare definitivamente independiente, como si nunca sus propósitos pudieran coincidir con los de ningún sector de hombres agrupados en uno u otro de los partidos políticos. Y es inaceptable que "comités de independientes", formados al calor de una elección determinada, pretendan perpetuarse como "comités de independientes", que sólo vendrían a significar la existencia de nuevos partidos carentes de toda doctrina o ideología y movidos únicamente por intereses personales".

De allí pasó a examinar el concepto de Gobierno de oposición:

"Organización de los partidos políticos en forma que respondan con certeza a las aspi-

raciones de la mayoría de los ciudadanos. El buen funcionamiento del régimen democrático exige que ellos se reúnan en torno a dos grandes combinaciones: Combinación de partidos de Gobierno, combinación de partidos de oposición. En esta forma, marchan todas las democracias del mundo, salvo Chile, y de ahí provienen, sin duda, muchos de nuestros males. El espectáculo de un panorama político en que la mayoría de las colectividades se resistiera a asumir la responsabilidad del apoyo al Gobierno y prefiriera aparecer ante la opinión pública como partido de oposición, causaría estupor en cualquiera democracia de bases sólidas, estupor que, sin duda, aumentaría al conocer el calificativo de "constructiva" con que, a veces, se presenta esa oposición. El Gobierno es Gobierno y la oposición es oposición. Puede resultar cómodo pretender suavizar esos términos con algún adjetivo, pero ello sólo sirve para desfigurar la realidad".

Estas palabras no se explican sino por cuanto se tiene en la cabeza una idea oculta. Ella era la de formar un bloque de Gobierno y mediante él, reemplazar al Gabinete de técnicos que rige actualmente al país. En efecto, sólo desde tal punto de vista se explica la repentina insistencia sobre la necesidad de terminar con el "independientismo", prestigiar a los partidos y restaurar por entero el auténtico juego democrático, en que unos se hacen responsables del Gobierno y otros de la oposición. Eso explica también el velado, pero directo reclamo en cuanto a que los partidos oficialistas suministren al Gobierno los secretarios de Estado y los funcionarios importantes de la Administración Pública. Bien se decía que la designación del señor Amunátegui entrañaba una línea que trabajaba contra la que había sido ya fijada por el Presidente de la República.

Una respuesta brava

El combativo senador socialista Raúl Ampuero contestó al Presidente Alessandri desde su banco del Senado. Lo hizo en forma mordaz, cruda y serena. Discutió, en primer término, la creencia de que la inflación chilena debe cargarse a la cuenta de la Izquierda. En seguida refutó la tesis de que los reajustes de

sueldos son causantes de inflación. Criticó el resultado de la política económica del Gobierno con estas palabras:

"¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué razón el aumento de la producción industrial no se traduce en un aumento de las ventas del ra-

mo? ¿No será que, amparados o estimulados por la libertad de precios, los industriales están simplemente acumulando nuevos "stocks" en espera de nuevas alzas? ¿O no será, también, que el poder consumidor se ha deteriorado tanto, que el país está precisamente paralizado porque los sueldos y salarios son tan bajos que se está estrangulando el mercado?

Así, pues, estas cifras tan alentadoras para el Presidente de la República, no demuestran lo que él ha querido demostrar: que estamos en camino de la recuperación y la prosperidad.

En consecuencia, la curva de los precios, la expansión del circulante —puntos claves para conocer el curso de nuestro proceso inflacionario— demuestran el fracaso del Gobierno. Estábamos más o menos habituados a que la Derecha nos presentara la estabilidad como el ideal económico, aunque fuera la estabilidad en la pobreza; pero ni aun ese objetivo tan modesto, ha sido logrado por el señor Presidente de la República y su elenco de técnicos; y parece no estar en situación de lograrlo en plazo relativamente cercano".

En seguida pasó a criticar duramente los procedimientos financieros del señor Ministro de Hacienda. Más adelante aseguró que el Gobierno está en vías de endeudar al país de manera irresponsable:

"Es decir, para ir resumiendo, el servicio total de las deudas contraídas por los sectores público y privado en el extranjero, sin tomar en cuenta ni una sola operación adicional de crédito en los años venideros, significará para el país pagar, en 1960, 128 millones de dólares; en 1961, 110 millones de dólares; en 1962, 86 millones de dólares; y en 1963, 98 millones de dólares.

La incidencia del movimiento y del servicio de capitales en el total de nuestras exportaciones alcanza límites que ningún estadista responsable puede justificar. En 1958, la incidencia de ese movimiento de capitales y servicios fue de 37.16 por ciento sobre el total de las exportaciones del país. En 1959 será de un 40.43 por ciento, y en 1960, de un 42.58 por ciento. También son estos cálculos de instituciones públicas y universitarias que podríamos corroborar en cualquier momento.

Es decir, la magnitud de esos créditos, el volumen de esos servicios, el movimiento de capitales hacia el extranjero son hechos que

están agravando la asfixia del comercio exterior de Chile y de su balanza de pagos. Están ahogando al país, gradual, paulatina y seguramente. Y deberá llegar un momento en el cual, si no lo hace el Presidente de la República, tendrá que ser el Congreso quien diga: "Hasta aquí no más; no tenemos derecho a comprometer el porvenir de muchas generaciones de chilenos".

Por último, criticó la teoría que a su juicio habría esbozado el Presidente Alessandri en el sentido de disponer arbitrariamente de los cargos en la Administración Pública:

Respecto de este asunto, habíamos escuchado toda clase de doctrinas, hasta la de un Presidente de la República que sostuvo que la primera misión del Primer Mandatario era proteger a sus parientes. Se levantaron aquí voces airadas para condenar tal desacato. Pero, por último, señor Presidente, los parientes constituyen un círculo limitado, y alguna vez se terminan. Siempre quedarán algunos puestos para los que no ostentan vínculos de consanguinidad con el Primer Mandatario. Pero, ésta es la primera vez en nuestra historia que un Primer Mandatario sostiene que la Administración es lisa y llanamente, el botón de quienes lo llevaron al poder. El austero, el desinteresado señor Alessandri ha tenido el privilegio de sentar esta teoría, inaceptable en una democracia. Y es más grave todavía la afirmación, si se recuerda que el Gobierno no tiene ideología. Según lo sostenido en distintos párrafos de su discurso. De tal manera que calificar si la convicción de un funcionario caza o no con la línea del Gobierno, vuelve a ser una decisión arbitraria, subjetiva y personal del Primer Mandatario. Ni en las monarquías más absolutistas se ha atrevido nadie, jamás, a sostener esto como teoría política, aunque la hayan practicado algunas veces.

Bajo el amparo de esta doctrina, hay una persecución sistemática, odiosa, en distintos sectores, sin que valgan para nada los títulos de honorabilidad y de capacidad que el Presidente de la República dice respetar.

No cabe duda de que, en general, el vigor de las posiciones planteadas tendrá repercusión tanto frente al Gobierno como en el seno mismo del FRAP.

POLITICA internacional

EL PODER EXPLOSIVO DE LA MISERIA

Este período de la Asamblea General de las Naciones Unidas está viendo una nueva ofensiva de los países subdesarrollados, al menos de los latinoamericanos, en favor de un aumento de la cooperación internacional. Inició la campaña el canciller colombiano, Julio César Turbay, y luego los de Venezuela y Cuba insistieron sobre la materia.

Julio César Turbay, planteó una vez más la necesidad de enfrentar decididamente el problema del subdesarrollo económico, en especial el que afecta a las veinte naciones latinoamericanas. "El subdesarrollo económico es el más poderoso enemigo de la estabilidad política y de la paz internacional, y la miseria es la más deplorable y repugnante de todas las dictaduras que ha conocido la especie humana —dijo Turbay—. El poder explosivo de la miseria es, a nuestro juicio, comparable al de las propias armas nucleares y reclama, por lo tanto, soluciones inmediatas y eficaces. Tan urgente y tan importante como la política del desarme es la acción que se realice para conjurar el cortejo de calamidades que trae consigo el subdesarrollo económico".

Hubo una época en que los pueblos, aislados unos de otros, y sin acceso las masas al conocimiento de lo que ocurría en el mundo, podían resignarse más fácilmente a su pobreza. Además, los medios técnicos disponibles difícilmente permitían un incremento rápido y generalizado del bienestar. Esas condiciones ahora han cambiado y es por eso

que la miseria es ahora tan explosiva como las armas nucleares. Aún más, los desniveles entre los favorecidos y los retrasados se han agudizado y tienden, no a acercarse sino a separarse más y más, por obra de tres factores que actúan y seguirán actuando de modo fatal si la acción humana no interviene: la productividad creciente de la técnica desarrollada, el mecanismo del comercio entre países exportadores de materias primas y países exportadores de manufacturas, y el crecimiento demográfico de los países subdesarrollados.

Este último factor amenaza pesar con la fuerza de una marea arrolladora. Los últimos datos indican que la población mundial ha llegado ya a los 2.900 millones de hombres. De éstos, mil millones viven en los países sometidos al poder comunista (Rusia, China y sus satélites); 550 pertenecen a los países económicamente avanzados, y 1.350 millones, a las naciones subdesarrolladas del mundo no soviético. Pero, al finalizar este siglo, en sólo cuarenta años más, el mundo tendrá cerca de 6.000 millones de habitantes y más de 5.000 millones compondrán la población del mundo soviético y de los países poco desarrollados. ¿Es sensato suponer que podrán mantenerse entonces las condiciones actuales que hacen que un 8% de la humanidad goce de las dos terceras partes de la riqueza del mundo? La experiencia de lo ocurrido en la primera mitad de este siglo debería permitir una visión de lo que ocurrirá en la segunda si la lección no se aprovecha.

SIEMPRE SE ES LIBERAL CON LOS RICOS

Hasta ahora, sin embargo, esa lección no ha sido aprovechada. Aunque parezca increíble hasta 1957, desde que en 1918 EE. UU. se constituyó en el gran centro mundial de abastecimiento de capitales, el 88% de los 115.737 millones de dólares con que ese país ha "ayudado" a los demás han ido a parar, no a los pueblos subdesarrollados, sino a los industrialmente avanzados. El 77% de esa gigantesca cantidad ha favorecido a países tan pobres como Inglaterra (el 41,1%), Francia (el 13,7%) Rusia!!! (el 12,6%), Italia (el 5,6%) y Alemania (el 4,5%). Como es fácil advertirlo, se ha tratado de una ayuda dictada por consideraciones políticas y militares y no por la necesidad de solucionar el problema del subdesarrollo económico, que

entretanto, naturalmente, se ha agravado.

Un diario norteamericano hacía notar recientemente que en los últimos tres años (de 1956 a 1958), el total del capital público y privado que ha afluido a los países subdesarrollados alcanza sólo a 14.400 millones de dólares, de los cuales 8.600 millones han provenido de fuentes norteamericanas. "Esta —dice el diario— es una suma considerable, pero no revela la verdadera historia. Primero, porque en la suma atribuida a EE. UU. se incluyen los gastos de ayuda, a las actividades de defensa nacional, que contribuyen poco al crecimiento económico. En segundo lugar, porque muchas de las inversiones norteamericanas en las áreas subdesarrolladas se han concentrado en el petróleo y la minería

de cuatro o cinco países del Medio Oriente y América Latina. Por ejemplo, el total de las inversiones directas en esas dos regiones alcanzaba en 1957 a 8.800 millones, de los cuales el 63% estaban en industrias extractivas, que sirven poco al desarrollo económico".

La cuantía del problema es tan grande que lo hecho hasta ahora es insignificante, tanto por lo que se refiere al mundo en general como a América Latina en particular. Cuando Fidel Castro en la conferencia de Buenos Aires propuso un plan de 30.000 millones de dólares para América Latina durante los próximos diez años no dijo ningún disparate, al menos porque lo que refiere a las necesidades reales.

Por la misma magnitud de las necesidades, antes de salir en su reciente jira a Europa, el Presidente Eisenhower habló de la necesidad de que los países de Europa Occidental y Japón, que tan favorecidos se han visto con la ayuda de EE. UU., ayuden ahora a este país en la tarea de financiar el desarrollo de los

países atrasados. Alemania Occidental, por ejemplo, tiene actualmente reservas de oro y divisas por valor de 5.000 millones de dólares y, en general, las naciones europeas conocen ahora una prosperidad como nunca la habían tenido. ¿Por qué —dice el gobierno de Washington— ha de cargar sólo EE. UU. con el peso de la ayuda al mundo subdesarrollado?

Hasta ahora no ha habido ningún eco oficial a ese llamado. En todo caso, los países europeos podrán decir, como Inglaterra, que ellos tienen que subvenir ante todo, a las necesidades de su Commonwealth; o, como Francia, de su flamante Comunidad africana. Los capitales de los otros miembros del Mercado Común Europeo, como la propia Alemania, ya han sido llamados a invertirse también en Africa, cuyas necesidades son inmensas. ¿Y quién hará frente al problema en Asia y en América Latina en los breves años que faltan para que la alternativa soviética se ofrezca o, más bien, se imponga como una solución factible?

DE 10.000 A 21.000 MILLONES, Y NO BASTA.

Es cierto que el Banco Internacional, en el curso de septiembre, con el aporte de cuarenta de sus miembros, ha aumentado su capital, de 10.000 a 21.000 millones de dólares. Algunos países, como Canadá y Japón han doblado su subscripción, y Alemania más que triplicó la suya, hasta colocarse a la par de Francia, con 1.050 millones. De este modo, los países que, según se refería, se han visto favorecidos con la cuantiosa ayuda norteamericana, contribuirían ahora a robustecer la mayor de las instituciones internacionales de crédito. Esta queda así en situación de aumentar sus préstamos, considerablemente.

Pero el problema no es sólo del monto de éstos, sino también cualitativo. Los dirigentes financieros de las grandes naciones industriales, que controlan las instituciones internacionales de crédito, tienen un criterio que, aplicado a los países subdesarrollados, no ha probado ser bueno en el plano económico y se ha demostrado por lo menos peligroso en el terreno político. El programa aplicado por Frondizi, de acuerdo con la receta del Fondo Monetario Internacional y para cumplir con las condiciones puestas por las diversas entidades que le prestaron el año pasado 329 millones de dólares, ha contribuido en buena parte a aumentar sus dificultades y las tensiones de todo orden que tienen a la Argentina en una situación inservible. Y ya se sabe lo ocurrido entre el gobierno de Kubitschek y el mismo F. M. I., cuya política ha sido puesta en tela de juicio en toda América Latina, e incluso en Estados Unidos. El propio "New York Times" expresaba en un

editorial que "los esfuerzos para separar las finanzas y la economía son difíciles en todas partes, pero en América Latina son imposibles de realizar. Cuando un país tiene una débil estructura económica, insistir en la aplicación de los planes del F. M. I. significa crear una crisis política de magnitud revolucionaria".

De acuerdo con el informe anual presentado por el Secretario General de la NU, Mr. Hammarskjöld, a la Asamblea General, resulta que el propio equipo de economistas de la organización internacional discrepa también del criterio antiinflacionista tradicional de los dirigentes financieros de las grandes naciones. A juicio de Mr. Hammarskjöld y sus asesores, la política de combatir la inflación a toda costa, aun a costa de la paralización del crecimiento de los países industrialmente avanzados, es internacionalmente perniciosa porque restringe el volumen o los precios de las materias primas que exportan los subdesarrollados y aumenta las tensiones y lesinveles que ya se han señalado.

"El problema del crecimiento no es sólo de orden nacional —afirma el Secretario General en su informe—. Tiene implicaciones internacionales que siempre deben ser consideradas al tomarse decisiones sobre la política económica que deba aplicar un país. Por esta razón, la política de los países industriales de lograr la estabilidad a costa del crecimiento, debe ser mirada con especial preocupación por los países subdesarrollados".

Un mero aumento de capital del Banco Internacional dista, pues, de constituir por sí solo un progreso.

UN PUEBLO A LA DEFENSIVA

Es necesario un cambio de espíritu. Precisamente con ocasión de la llegada de Khrushchev a Estados Unidos, uno de los periodistas más influyentes de ese país, Mr. Walter Lippmann —que acaba de cumplir sesenta años— escribía:

“La debilidad crítica de nuestra sociedad (la norteamericana) es que actualmente, nuestro pueblo no tiene un gran propósito en cuyo cumplimiento se sienta unido. La reacción del público en nuestro país es defensiva, de mantener y conservar, no de impulsar y crear. Hablamos de nosotros en estos días como si fuéramos una sociedad ya realizada, que ya ha logrado sus propósitos y no tiene ninguna gran empresa que llevar a cabo”. Y después de señalar cómo el tener un propósito es lo que da al régimen soviético su dinamismo, añadía Mr. Lippmann: “...en la confrontación de los dos órdenes sociales la

cuestión es la de cómo este país puede recuperar ahora lo que tiene: el sentido de una gran finalidad y un alto destino. Este es el punto crucial. Porque, sin el renacimiento de un propósito americano, Mr. Khrushchev lleva las de ganar la competencia en que actúa como desafiante. Y si gana la carrera, nuestra influencia como poder mundial declinará inevitablemente”.

En esta lucha decisiva, Estados Unidos no podría ganar la batalla dentro de sus fronteras. El pueblo más rico y satisfecho de la tierra no robustecerá su riqueza y libertad en medio de un mundo pobre y oprimido. ¿Son idealistas utópicos los dirigentes norteamericanos que proponen a su pueblo, como gran propósito en esta hora, la batalla mundial contra la miseria y el atraso? ¿O es más “realista” la política de doblar el número de los aviones y los submarinos?

¿POR QUE VAN ADELANTE LOS RUSOS?

Frente a los 20.000 aviones soviéticos, Estados Unidos puede poner en el aire 35.000. 275 unidades de superficie de la US. Navy se enfrentarían a 180 que navegan bajo la bandera roja, pero deberían cuidarse de 450 submarinos rusos. Dos millones y medio de soldados norteamericanos tendrían que combatir contra 3.900.000 rusos. Su esfuerzo bélico, incluida la ayuda militar al exterior, directa e indirecta, le cuesta actualmente a los contribuyentes norteamericanos alrededor de 45.000 millones de dólares al año, o sea tres veces más que lo que se gasta en educación primaria y secundaria para 36 millones de alumnos.

Ningún hombre sensato podría votar por que el gobierno de Washington aceptase sin más ni más la oferta de desarme completo y sin control que ha propuesto Khrushchev en las Naciones Unidas, ni creer que un país como Estados Unidos, en el mundo en que vivimos, puede prescindir de sus fuerzas armadas. Pero ello no significa que, gracias a su actual política, Estados Unidos, pieza clave en el tablero mundial, haya alcanzado y, sobre todo, pueda mantener una posición segura y constituir el elemento dinámico del mundo no soviético.

El retraso de los norteamericanos en la carrera por la conquista del “espacio exterior” y el paso de los rusos al primer lugar debe considerarse como un hecho de enorme importancia. El que haya sido un cohete que llevaba la hoz y el martillo el primero en llegar a la luna no hace más que confirmar ese hecho de manera deliberadamente espectacular. Sería bueno considerar que la sucesión

de éxitos soviéticos no es casual ni podría atribuirse meramente a los técnicos alemanes que fueron capturados al final de la guerra. Resulta así asombroso que una nación, que hace cuarenta años, se hallaba muy retrasada con respecto a Occidente, haya superado las conquistas técnicas de éste. Tras ese hecho hay otros que, en cierto sentido, son amenazantes, por cuanto constituyen un elemento del poder totalitario de la URSS., y, en otro sentido, son promisorios, pues podrían contribuir a una evolución favorable del régimen ruso. Esos hechos son los que se consignan en dos testimonios insospechables de pro-comunismo o de intención propagandística y que vale la pena citar brevemente:

“Descubrimos —anotó Mr. Adlai Stevenson, que viajó por la URSS a fines del año pasado— que la Unión Soviética ha hecho progresos asombrosos. Este enorme y atrasado país, donde sólo la mitad del pueblo habla ruso como lengua nativa, no sólo ha quedado alfabetizado casi por completo, en el escaso lapso de una generación, sino que ha alcanzado o superado al resto del mundo en las ciencias físicas”. Señala el mismo Mr. Stevenson la importancia que los rusos han dado a la enseñanza universitaria y a los hombres de ciencia. 450.000 muchachos, seleccionados entre 1.200.000 ingresan todos los años a las universidades. “El muchacho pobre que lucha por educarse es desconocido. Más del 80% de los universitarios reciben un sueldo de 40 a 60 dólares, según capacidad. Y la posición favorable del intelectual ruso en la sociedad asegura que, al obtener su título, los mejores

(Continúa en pág. 20)

LA SOCIEDAD COMUNITARIA

Lino Rodríguez-Arias Bustamante

En las grandes capitales existe un ambiente propicio para que el hombre no pueda sustraerse a la vorágine de la "urbe", más aún, a la espantosa y aplanadora máquina estatal que todo lo controla y lo escudriña, despersonalizándole y haciendo de él un "cínico" que vive al sol que más calienta para conservar su puesto burocrático o su prebenda indirecta, castrados sus ideales y sin porvenir que redimir.

Este es el fruto del "centralismo", que la dinastía borbónica francesa exportó a nuestro mundo iberoamericano, quizá sin pensar que estaban alimentando a un monstruo —el Estado contemporáneo—, que devora caprichosamente a hombres y comunidades, olvidándose que su finalidad es incrementar los servicios públicos para el desarrollo de unos y otras.

De ahí que hayamos propugnado en libros y escritos una integración nacional a base de un pluralismo comunal (1).

Hablar sobre el liberalismo, el marxismo y el cristianismo, llevaría muchos tiempo, para hacer un estudio profundo y completo. De aquí que voy tan sólo a trazar unas pinceladas, unos grandes rasgos sobre estos importantísimos y trascendentales temas.

Quiero hacer una última observación: yo no soy político y, por consiguiente, no he intervenido, ni es mi intención actuar en la política panameña. Me limito a construir y trabajar desde mi mundo de ideas, por un Panamá mejor. Esto es lo menos que puedo hacer por una tierra adoptiva, que con tanta generosidad me acogió en su seno. Además, considero que ésta es la misión que le incumbe al profesor, al hombre que dedica a la docencia su vida, haciendo, por lo menos voto de pobreza.

LA POBREZA DEL HUMANISMO VIGENTE

Es tal la ambigüedad de este término humanismo, que su contenido depende del talismán que le apliquemos. Esta vuelta al hombre puede significar: o levantarle un pedestal para adorarle, o subsumirle en la colectividad para esclavizarle, o imprimirle un sentido trascendente, resaltando en él lo que tiene de dignidad de persona. Afirmamos la urgencia de entronizar en la sociedad un hu-

Digo lo anterior, basándome en la triste suerte que se reserva al intelectual, por lo general, en el sistema capitalista, donde sus honorarios apenas llegan para satisfacer sus necesidades más perentorias. Esto es debido a que nuestros gobernantes, con una mentalidad mercantilizada, no muestran interés verdadero en educar al pueblo, por cuanto no interesa a sus fines clasistas la superación de los mejores, sino la persistencia de un estado de precariedad cultural.

No es extraño, pues, que en este clima enrarecido surjan también el profesor y el maestro con alma mercenaria, que simulan una vocación de que carecen para montar un "modus vivendi" indecoroso y nocivo para el progreso de la sociedad.

Este drama de la educación urge atacarlo en sus raíces, pero que no se espere que la solución venga del marxismo, siempre dispuesto a eliminar a los que no comulgan con sus ideas y a restringir los estudios humanistas para cortar las alas a los espíritus inquietos.

De otra parte, el Profesor, a mi modo de ver, no debe encerrarse en la cátedra, sino al revés, proyectarse y también definirse, aún a trueque de que se equivoque; es mejor errar, que eludir responsabilidades.

También quiero señalar que no soy un apóstol, ni pretendo serlo: "El que esté libre de pecado que arroje la primera piedra", dijo el Maestro.

Además; mi posición ideológica no está libre de fallas. Por eso vengo a dialogar. Esto es, precisamente, lo que nos falta a los hombres de hoy; amarnos y comprendernos. Y esto solamente puede alcanzarse en el diálogo (2).

manismo integral y cristiano, que contemple tanto los valores divinos como los humanos.

Se ha dicho por Rüssel, que los principales enemigos del humanismo cristiano son a) La exaltación de lo colectivo y predominio de la técnica. b) Un orgulloso humanismo que ha llegado a concebir la autosuficiencia humana, considerando que la razón, por sí y ante sí, puede fundar la vida moral y social. Y c) Un teologismo intransigente y absoluto que se lo da todo a Dios y nada al hombre (3).

Cabe indicar que el ideal humanista, supone siempre una tensión social en el hombre, bien sea ésta de tipo revolucionario o de acción, como es la mística comunista; bien pia-

Lino Rodríguez-Arias Bustamante, español nacionalizado panameño, profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de Panamá, abogado, conferenciante, autor de varias obras notables por la seriedad con que trata los problemas de su especialidad.

dosa y pasiva, como la budista con su nirvana; o bien de amor hacia Dios y sus semejantes, como es la característica del cristianismo.

Hemos de tener presente, que, las cosas existen, no para convertirnos en esclavos de ellas, sino al revés, para utilizarlas como instrumentos, como medios para conseguir nuestros fines. Pues si nosotros aplicamos y damos este sentido a lo que nos rodea, podemos llegar a fundar y a constituir una comunidad fraterna en donde alcanzar no sólo la satisfacción de las necesidades materiales, sino también espirituales, como lo exige nuestra dimensión de cuerpo y espíritu (4).

Pero esta aspiración que acabo de señalar no es nada más que eso; no responde, por tanto, a las características del humanismo actual y vigente, que está exento de equidad y caridad; pues sólo le interesa proteger a la colectividad y a las clases y, por consiguiente, subsume en ellas al hombre y menosprecia a la persona humana, en lo que tiene de dignidad y de libertad.

En este sentido la Revolución Francesa consiguió grandes conquistas en el devenir de lo histórico; una de ellas, consistió en afirmar el principio de igualdad de los hombres ante la ley. Pues bien; hoy que vivimos la época

de lo social, en la cual se debía dar primacía al valor humano, advertimos que éste aún no ha llegado a prosperar. Observamos que cuando un individuo solicita algo de los poderes públicos se le niega en virtud del citado principio igualatorio, ya que si se le concediese vulnerarían la regla constitucional y, por lo tanto, estarían facilitando abominables privilegios. Empero, cuando en vez de ser un individuo, estas solicitudes de preferencias las hace una clase o un sector social, se otorgan y no se estima por ello que se está incurriendo en privilegios.

Y es que hoy, como reacción al individualismo que proclamó la Revolución Francesa, sólo interesa el número, la masa; se tiene una visión amorfa de la sociedad. Por eso, creo que una misión del hombre actual que lucha, que tiene una concepción ideológica, es combatir por la restauración de la fe en los valores de libertad y de justicia, mediante la consagración del principio del bien común social; esto es, que cada uno de nosotros debemos sentirnos, ante todo y sobre todo, miembros de una sociedad para la cual tenemos ineludibles deberes que cumplir, sin que ello signifique, por otra parte, despersonalizar la vida humana. Por consiguiente, debemos estar a su servicio, y preocuparnos de las necesidades y de los sufrimientos de nuestros semejantes.

LA FALSA EMANCIPACION DEL HOMBRE

El mismo Proudhon nos dijo, que rotos los antiguos gremios en que el hombre estaba corporativamente organizado en la sociedad de la Edad Media e inmerso en el sistema capitalista, tuvo que surgir por fuerza la distinción de clases, la escisión de los hombres en dos clases: la de los patronos y la de los obreros, la de los capitalista, esto es, los que tenían a su disposición todos los medios de fortuna, y la de los asalariados, es decir, los desheredados de la fortuna. Es así, en rasgos simples y comunes, como aparece la lucha de clases, que es consecuencia del sistema liberal-capitalista. Mas como en esa lucha diaria en que los hombres estaban en una aparente relación de igualdad, eran los más que perdían, iba aumentando el número de los desheredados de la fortuna.

Problema distinto es el que atañe a las diferencias naturales entre los hombres, en cuanto a aptitudes y vocación, que existen desde los inicios de la humanidad. Esto no se puede negar porque responde a exigencias de la naturaleza.

Aquí planteamos las desigualdades que han surgido entre los hombres como consecuencia de un sistema político-social, y que fueron aprovechados por el marxismo para plantear la lucha de clases (5).

Como los hombres que perdían llegaron a

constituir número, masas, el marxismo pensó en su emancipación social. Teniendo en cuenta en ésta los grandes núcleos humanos que participaban, se le dio un nombre: el de proletariado; se piensa, pues, en la emancipación social del proletariado (6). Con todo, no se estima posible alcanzarla, mientras no se logre desarraigar en los hombres sus trabas y creencias religiosas (7).

Es menester aceptar —y esto lo estamos palpando todos los días— que el hombre no sólo aspira a la satisfacción de sus necesidades; él tiende también a la perfección del amor a sus semejantes, para ser mejor individual y socialmente; es decir, que si en el hombre vemos destacar con frecuencia la nota de egoísmo individual, no es menos cierto que, si sabemos pulsar sus fibras sensibles, no deja de ser capaz de abnegación por un ideal —cualquiera que sea su naturaleza—, por el cual está dispuesto a sacrificar todo, incluso la vida si es preciso.

Por eso, una sociedad donde se equilibren estas dos aspiraciones del hombre, estas dos clases de necesidades, esto es, las del tipo espiritual y las de índole material, no se logrará con una vuelta farisáica al cristianismo. Porque, aún reconociendo la inescindibilidad de lo litúrgico y lo social en la doctrina cristiana, hemos de considerar que las

prácticas religiosas por sí solas no son suficientes. El mismo movimiento litúrgico se abre al pueblo para que coofrende con el sacerdote el Santo Sacrificio de la Misa. La teología del Cuerpo Místico, es la unión ontológica sobre natural de todos los cristianos en Cristo.

Consideramos, pues, una falsa emancipación del hombre, aquella que consiste en ofrecerle su liberación a base de extirpar en él los sentimientos espirituales, lo mismo que la que trata de crear un mundo cristiano, que sólo esté pendiente de lo aparente y lo decorativo (8).

TENDENCIAS IMPERANTES EN LA CONVIVENCIA SOCIAL

Desde hace algún tiempo se viene hablando de la necesidad de que el cristianismo se haga sentir en la organización de la convivencia entre los hombres, fundamentalmente, en la unidad política del Estado, porque la familia es una esfera demasiado restringida y la sociedad internacional, es, por el contrario, una órbita demasiado amplia.

La Revolución Francesa trató de acoplar al individuo en la sociedad, fundando sobre valores individuales. la solución de los problemas sociales. Es decir, significa la exaltación del hombre; pero de un hombre abstracto y genérico, de un ser humano desarraigado de los grupos en que hace y desenvuelve su vida. Consecuencia de este desarraigamiento de los hombres de los grupos naturales en que se desarrollan, ora sea la familia, ora el municipio, ora las corporaciones profesionales, etc., el Estado y el individuo quedan frente a frente.

Esta concepción individualista se basa en el contrato; son los individuos los que tienen plena libertad para decidir. El Estado cumple una función de orden público, desde que se convierte en el Estado gendarme. Esto es, que según esta posición individualista, se asegura al hombre el máximo ejercicio de su libertad.

Hay que señalar, que este sistema político tuvo sus ventajas. El mismo Carlos Marx lo ha reconocido en el Manifiesto Comunista, cuando escribió lo siguiente: "La burguesía ha creado fuerzas de producción más gigantescas e imponentes que las que han llevado a cabo las generaciones precedentes". Así, este sistema, que hace irrupción con la caída del régimen imperante en la Edad Media, supo crear riquezas, lo que no ha sabido es distribuir las. Porque el individualismo condujo al descontrol del egoísmo y, por ende, al abuso con los que perdían en la lucha diaria, que era el mayor número de los seres humanos.

De esta manera, la riqueza, poco a poco se fue concentrando en pocas manos, motivo por el que la mayoría de los hombres en la actualidad arrastran una vida miserable, aún cuando se les halague diciéndoles que son hombres libres. Lo que sucede es que esta libertad de que gozan es una libertad meramente formal, esto es, se halla reconocida en las Cartas Constitucionales, pero no tienen detrás un poder económico con el cual pueden

respaldar y hacer valer los derechos que se les conceden.

Como vemos, pues, en esta sucinta exposición, esta libertad del liberalismo, del sistema político burgués, nos conduce a la injusticia social.

Porque el hombre liberal relega a un segundo término los valores metafísicos, considerando que éstos son una superestructura a la preponderancia económica. Por consecuencia ser y hacer; es decir, que la moral es ajena a su vida política, puesto que la humanidad, según este sistema, está montada sobre ella, se desdén una ideología metafísica que pudiera frenarle sus impulsos cuando actúase en perjuicio de sus semejantes, y servirle de cortapisa a cierta tendencia natural que tiene el ser humano hacia la desorganización de su vida con graves repercusiones en sus actividades privadas y públicas.

Y es que en toda esta concepción que se encuentra inspirada en el espíritu racionalista, predomina lo nominal: el dinero, en las relaciones económicas; las ficciones jurídicas, en la vida del derecho. Por ello es, que el burgués, repele tanto a la conciencia cristiana, como el comunista.

He aquí pues, que ante el fracaso del sistema individualista, se piensa en una nueva forma de vida y entonces se presenta como ideal, el Estado colectivista. Si en el Estado individualista el hombre lo es todo, en el colectivista no es nada, ante el poder del Estado o de la sociedad. Por consiguiente, si la libertad individual decontrolada, sin las trabas de una moral, nos condujo a una injusticia social; una injusticia colectivista que desconoce en el hombre sus valores trascendentes, destruye en él su libertad.

En un Estado de este orden, el Poder Público es el administrador de los bienes de la sociedad, por lo que impide toda iniciativa particular que pueda atentar a su actividad, llevando a cabo un monopolio de la vida nacional. Por eso la colectividad no permite una afirmación individual que amenace al hombre colectivo, que lo es todo en esta organización social.

Esta es la razón por la que se niegan al hombre sus libertades individuales y, con ello, las armas de defensa, para proteger su dignidad de persona libre y responsable. El hombre, en esta organización, pasa a ser una pieza de esa máquina estatal.

Desde este ángulo colectivista, las reivindicaciones sociales para acabar con la servidumbre económica y con la condición humana del proletariado, producto del sistema liberal, se estima que sólo pueden alcanzarse mediante la puesta en marcha del llamado hombre colectivo. Esto trae ineludiblemente, como secuela, la deshumanización del hombre; cree que al hombre hay que liberarlo de la propiedad y de la religión, como único medio de que alcance a dominar la naturaleza y logre el gobierno de la historia. Así, esta tendencia colectivista se caracteriza, por orgullo colectivo y de la producción, que vienen a reemplazar al honor burgués y al provecho en individual del sistema liberal.

Las consecuencias de estos dos sistemas, del individualista y del colectivista, ya las indicamos anteriormente. El individualismo, concediendo una libertad absoluta, anárquica, que no tiene en cuenta las necesidades de sus semejantes, nos conduce a la injusticia social. La justicia colectivista, que reacciona ante la situación indigente del individuo, ante el surgimiento de una nueva clase, la del proletariado, a la que tiende a reivindicar desde el punto de vista de justicia social material, destruye en el hombre la libertad.

NECESIDAD DE UN SISTEMA DE INSPIRACION CRISTIANA

Registramos que, ante el hombre, el cristianismo y el marxismo, adoptan una distinta actitud. A primera vista, el marxismo es más optimista que el cristianismo, porque afirma la perfectibilidad de la naturaleza humana; por consiguiente, estima que cuando éste consigue desarraigarse de los prejuicios que le ha inculcado el mundo burgués, esto es, la concepción de la propiedad privada, y el afán de acumular riqueza, más la idea religiosa, entonces llegará a vencer a la naturaleza y a Dios, construyendo una sociedad perfecta, de hombres perfectos, podemos decir, casi de pequeños dioses.

El cristianismo, por el contrario, tiene un principio, una idea pesimista del hombre, por cuanto considera que su naturaleza es, por así decir, desfalleciente. Equivale a señalar, que está vaciada como consecuencia del pecado original, razón por la que presenta una leve tendencia hacia el mal. De aquí, que no le espere al hombre una felicidad completa en este mundo, sino que tan solo la encontrará en el "más allá".

Sin embargo, esto no quiere decir, que el cristianismo vea en el hombre un ser resignado a su suerte, desentendiéndose de sus problemas temporales; al contrario, procura por todos los medios su bienestar, eso sí, primero sin abandonar la satisfacción de las necesidades materiales (10). Claro es, no se hace ilusiones de que llegaremos a tener hombres perfectos.

He aquí por qué, un nuevo orden social que trate de conjugar estos dos principios, es decir, que proclame la libertad humana y, al mismo tiempo, ponga de relieve los deberes sociales que le corresponden, ha de evitar la exaltación mística del credo comunista y, asimismo, los excesos del individualismo. Propugnar libertad, pero sin injusticia; justicia sí, pero sin destruir la libertad. Se ha de llegar, pues, a una fórmula, que salve la libertad y la solidaridad. Tanta libertad, cuanta pueda coexistir con la solidaridad. Tanta solidaridad, cuanta pueda coexistir con la libertad (9).

Este programa ha llevado a pensar en la eficacia temporal del cristianismo, en la necesidad de la proyección de los principios del Evangelio en la vida social, puesto que en él se proclama el respeto al individuo y se le señalan los deberes para con su prójimo. La idea cristiana, es una norma de conducta que atañe al individuo, tanto en su vida privada como pública. Tal orientación exigiría una legislación adecuada a los postulados de primacía del bien común. Por ello, es que hoy día se proclama con énfasis la urgencia no sólo de hombres cristianos, sino también de sistemas de inspiración cristiana.

Se advierte pues, un enfoque totalmente distinto del hombre en el cristianismo y en el marxismo. El marxismo considera que la desorganización social actual, los sufrimientos del hombre son consecuencia de causas económicas, por tanto que, cuando los procesos de la producción mejoren nuestra suerte elevando el nivel de vida y pase toda la riqueza a la administración del Estado, habrán desaparecido las trabas que impiden actualmente la perfección del hombre. Porque su infelicidad es resultado de motivos extrínsecos, que radican en la misma sociedad, mientras que el cristianismo estima, que la situación precaria y de lucha del ser humano son causas que están en él mismo, es decir, intrínsecas a su propia naturaleza. Por tanto, no se hace ilusiones sobre la posibilidad de alcanzar algún día una sociedad perfecta de pequeños dioses, pues la felicidad plena sólo la puede esperar en el "más allá".

Empero, esta actitud cristiana no es óbice para que se produzca una orientación social basada en los principios evangélicos, sobre todo en los últimos años, tomando cada vez más cuerpo en nuestros días; pues se piensa, parafraseando al Dante, que hay que tratar de que el hombre se encuentre en el mundo como los peces en el mar.

Por eso, es que escribiera ese mago de la literatura que fue el gran Papini, que dentro de un siglo el mundo será cristiano o será destruido. Desde que el mundo se ha ido ale-

jando progresivamente del cristianismo, se desliza con rapidez vertiginosa hacia su descomposición, subversión y ruina, no hay más que un remedio: que el mundo se disponga a hacerse cristiano y que los ya cristianos se encaren con el mundo para conquistarlo.

Frente a esa dirección seguida por un sector numeroso de cristianos, hay quienes consideran que el cristianismo debe reducirse a un conjunto de normas morales que se refieren al hombre como ser espiritual, pero sin trascendencia más allá del campo del espíritu, es decir, sin pretender ninguna eficacia, sin intentar una proyección en el mundo social. En esta posición, por citar solamente un hombre, nos encontramos a Miguel de Unamuno (11). Este sabio español, lleno de contradicciones y paradojas, pero con un gran sentido hispánico, señalaba como cosas incompatibles los postulados del Evangelio y las normas del Derecho Romano. Dice que después del reconocimiento del cristianismo por Constantino lo que se produjo fue una transacción jurídica, siendo cierto que ella supuso que instituciones, v. gr., como el matrimonio y la familia, fueron influenciadas por las ideas cristianas; pero que, sin embargo, todo lo que hemos heredado de índole individualista y pagano procede de aquella transacción.

Esta manera de pensar no se encuentra solamente en Unamuno, sino que la sostienen muchos cristianos y católicos, que consideran el cristianismo como algo que afecta exclusivamente a la religión y, por lo tanto, a la vida personal de los individuos, más sin ninguna proyección social. No obstante, hay otros que hoy día constituyen legión, que se pronuncian por la necesidad de proyectarse sus postulados en la vida social, lo cual no quiere decir se trate de confundir lo estrictamente religioso con las luchas de tipo temporal.

Sin ir más lejos, con motivo de la publicación de mi libro "¿Dios ha muerto?" (Ed Eura-mérica, 1958), se ha suscitado esta cuestión, recelando algunos sacerdotes que una más directa intervención del seglar en el apostolado de la Iglesia pueda ser dirigida a relegarlos a ellos. Por el contrario, la acción del seglar en la época moderna es complementaria o auxiliar del clero en el campo espiritual, impuesta no por su negligencia o incapacidad, sino por la insuficiencia numérica para abordar su misión evangélica en el mundo.

Empero, ciñéndonos más al problema planteado y, en cierto modo, replicando a observaciones que se nos han hecho por habernos pronunciado en nuestro libro por una intervención del cristianismo como tal en el terreno político-social, hemos de insistir en que no se trata de imponer nuestra fe a cristazos y retrotraernos a los tiempos de la Inquisición. Una acción temporal del cristiano (y no sólo del católico), debe tener por finalidad intentar hacer prosperar dentro de la

convivencia humana los principios de su ideal susceptible de una proyección político-social, pues quien vive a Cristo en su interior, entendemos ha de afanarse por contagiar en su amor al prójimo, propiciando leyes e instituciones que hagan posible la fraternidad cristiana. Hacemos constar, además, que la acción social del cristianismo no se encamina a excluir la de los otros grupos, sino a colaborar con ellos en lo posible, para juntos procurar el mejor gobierno de la cosa pública, exigiendo un respeto a todas las creencias e instituciones que se hagan dignas de ello.

Propugnan esta orientación los Movimientos de Democracia Cristiana en Europa, y personalidades de la talla de Jacques Maritain quien, en su libro "Humanismo Integral" (12), nos expone su pensamiento acerca de la eficacia temporal del cristianismo, y entre los jesuitas cabe citar al Padre Ricardo Lombardi, que publicó un libro interesantísimo sobre el tema bajo el título "Per un mondo nuovo" (13). En Francia, por ejemplo, tuvimos también a Emmanuel Mounier (14), que fundó la revista "Esprit", cuyo grupo de dirigentes cristianos ha realizado una labor valiente de avanzada social.

Sin embargo, dentro de algunos sectores católicos sobre todo, en la España de la postguerra civil, Maritain ha sido despiadadamente combatido, por la razón de que no se adhiere a la idea del Estado católico, puesto que la Iglesia es la única poseedora de la verdad, tildándole de pragmático y excesivamente tolerante, atribuyéndole a su lastre liberal.

Quienes así afirman olvidan, en el terreno práctico, que la Revolución Francesa significó un hecho positivo en el avance de la humanidad, en razón de que hizo factible la conquista de la libertad política del hombre, que el cristianismo le había procurado siglos antes en las esferas moral y social. Únicamente partiendo de esta realidad podía levantarse una teoría política que incorporando a su seno los valores cristianos estuviese dispuesta también a aceptar o tolerar las concepciones marginales e incluso contrapuestas a una orientación religiosa siempre que la respetasen, por cuanto el ateísmo en el mundo actual es ya un fenómeno colectivo de no poca monta y arrastre. Por tanto, sólo con un pensamiento de esta textura, con ideales sólidamente cimentados en lo político-social, ha sido posible hasta ahora después de la última postguerra contener en Europa al comunismo.

El Estado laico es una exigencia de nuestro tiempo. Precisamente, con motivo de la vigente Constitución Francesa que lo consagra, el Cardenal Pierre Gerlier dijo, que se trata del reconocimiento de un hecho en una nación con pluralidad de religiones y de creencias. "La Iglesia y el Estado tienen ca-

políticos y hombres de negocios norteamericanos. (21), podamos verla libre en el futuro del régimen comunista, donde cada día gana más adeptos por los factores enumerados, si se produce a tiempo una reacción favorable a la ideología social demócrata, como único cauce para alcanzar una estructuración social en que se respete la dignidad

de la persona, los derechos de las instituciones y comunidades y se entronice el principio del trabajo como principal fuente de adquisiciones de rangos y de bienes; pues sólo entonces tendremos en los cargos de responsabilidad a los hombres que se lo merecen por su probidad, acurnia intelectual y preparación técnica.

SINTESIS DE LA DOCTRINA COMUNITARIA

1.—Se viene hablando peyorativamente de América como del continente de la Libertad y de la Esperanza.

2.—Esta aceptación tan sólo alcanzará realidad fecunda, si en Latinoamérica triunfa frente al Capitalismo y al Marxismo la Democracia Cristiana, porque ésta tiene en América un profundo sentido comunitario.

3.—Si en Europa la Democracia Cristiana no ha superado aún totalmente la etapa de la democracia liberal y parlamentaria, en América se presenta como un movimiento revolucionario que aspira al cambio radical de las actuales estructuras económico-sociales y políticas.

4.—La Democracia Cristiana se afana por alcanzar el poder para realizar su revolución, por medios democráticos; sólo ante un régimen injusto y tiránico propicia soluciones violentas.

5.—Una vez en el poder, mediante la voluntad popular, la Democracia Cristiana procederá a la sustitución de las actuales estructuras de la economía Liberal y formal por una democracia social y orgánica.

6.—El Comunitarismo o Comunalismo es esencialmente corporativo. Rechaza el corporativismo estatal que protagonizan los regímenes totalitarios y se pronuncia por el corporativismo social que significa la organización de la sociedad de abajo hacia arriba; es decir, actúan los hombres libres en las comunidades libres.

7.—Si dentro de la Democracia Cristiana hay una tendencia que únicamente da relevancia a lo comunitario en el orden económico social, existe otra, que sí lo concede también en el orden político, como único procedimiento de sustituir integralmente el vigente sistema de la democracia formal. De esta manera, tendremos una Cámara del Trabajo en la que se hallarán representadas todas las comunidades e instituciones; y una Cámara Política, basada en el sufragio universal e inorgánico.

8.—El régimen comunitario garantizará siempre la dignidad de la persona humana; para ello propugna la trilogía: autoridad, justicia social y libertad.

9.—Nadie podrá atentar contra el Bien Común, cuya determinación compete a la voluntad popular. El hombre, pues, es un servidor del Bien Común mediante el cual se integra una pluralidad jerárquica de comunidades e instituciones, que tienen por base a la familia en el orden ético social y al municipio en el político, hasta culminar en la sociedad universal, cuyo título de miembro ostenta todo ser humano.

La soberanía nacional queda subordinada a la necesaria interdependencia de los pueblos.

10.—En la sociedad comunitaria, todas las relaciones sociales privadas y públicas se hallan presididas por el principio del trabajo, como principal medio legítimo de adquirir rangos y bienes. Por este camino iremos a la eliminación gradual del concepto del salario por lo que significa para el hombre estado de servidumbre en el sistema capitalista.

NOTAS

1) Véase, por ejemplo, nuestro trabajo, "Socializar sin estatizar", publicado en "El Panamá América", el 29 de marzo de 1958.

2) Una de las tareas más duras que tiene el hombre de nuestro tiempo es hacerse comprender y amar de sus semejantes. Siglos de fanatismos encontrados han creado en grandes sectores humanos un sectarismo y cerrazón a todo lo que pueda significar abrirse a las ideas contrarias. Por esta causa, la humanidad vive escindida en pequeños islotes impermeables a la

comunicación y al intercambio de ideas. Ignoran estos seres el principio elemental de que el hombre nace vive y muere en sociedad. Dios quiere que la vistosidad y belleza de los múltiples colores del "arco iris" se proyecten en la tierra y florezcan en el pensamiento humano como ramilletes que enriquezcan y hermoseen su obra. Por eso permite que así como los hombres no son iguales por su envoltura externa (cuerpo) tampoco lo sean por el pensamiento; pues la convivencia sería muy aburrida y, fundamental-

mente, ha creado a la criatura libre para llegar a la verdad por los caminos que guste, siempre que respete los sentimientos de su prójimo.

3) Sciacca, "La Iglesia y la civilización moderna", Barcelona, trad., 1949, pág. 86.

el espíritu, lo cierto es que lo reduce a la expresión o producto de un órgano material: el cerebro. Su aparente contradicción es con el idealismo, ya que, donde Hegel había puesto "idea absoluta", Carlos Marx lo reemplazó por "materia"; así los factores de la producción determinan toda la vida del hombre y de la sociedad. La economía es el sujeto y el protagonista de la Historia. Se entroniza en la vida el determinismo.

Nótese que la revolución marxista, significa el más portentoso esfuerzo realizado, desde el cristianismo hasta nuestros días, para someter a una "idea", hombres y cosas, que son triturados a su servicio en pos de la "ciudad futura" y el triunfo apoteósico de la clase del proletariado, aún cuando ontológicamente sean inconciliable marxismo o idealismo.

5) Al contrario, el movimiento social cristiano afirma el principio de la coexistencia de las clases, incluso su colaboración cuando ésta se efectúa en un plano de igual libertad y de justicia recíproca. Por tanto, no puede acusarse de "clasismo marxista", en "L'Osservatore Romano", 9 enero 1959, pág. 6).

Por la anterior, es que nos sorprende sea el odio uno de los más acusados ingredientes marxistas; el motor que impulsa toda la lucha de clases. A este respecto cabe recordar el diálogo registrado en la Asamblea Nacional de Francia entre la diputada Jeanette Veermersch, esposa de Maurice Thorez, y un diputado de derecha. Este exclamó: "¡Cuánto odio en un corazón de mujer!" "No se puede amar al pueblo sin odiar a sus opresores", respondió ella (Simone de Beauvoir, "El pensamiento político de la derecha", Buenos Aires, Ed. Leviathan, 1956, págs. 39 y 40).

En este chispeante cruce de frases queda puesto al rojo vivo la mentalidad marxista, cuyos hombres perseguidos y machacados por los dirigentes burgueses no saben reaccionar más que con odio en los corazones y con gritos de exterminio.

De otra parte, el esquema clasista de Marx ha sido superado en la realidad económica moderna, pues han surgido otras clases sociales equidistantes de la capitalista y del proletariado. Así, hace poco escribía Luis de Zulueta, que en el mundo actual, quedan ya pocos patronos y va disminuyendo el número de los obreros, como consecuencia de que en la industria moderna el capital tiende a dispersarse en manos de innumerables accionistas esfumándose la figura del patrono tradicional, siendo sustituido por el director, el gerente, el ingeniero, le jefe de la explotación. De esta manera, surge una burocracia trabajadora que aún siendo asalariada no puede decirse por ello pertenezca al proletariado, incluso el mismo obrero nacional pasa en ocasiones a integrarse en la empresa, por medio de la participación en los beneficios ("La nueva clase", en El Diario "El Panamá América" del 16 de marzo de 1959).

6) El proletariado es un "producto" del orden económico instaurado por la burguesía. Ha nacido de las máquinas y del afán de lucro de esta clase. Co-

mo la fibra textil, el hilo de cobre o la plancha de metal. La única diferencia consiste en que se trata de un producto humano. Por eso, el proletariado desconfía y protesta contra el orden social impuesto por la burguesía. Y para hablar así no es preciso ser marxista, sino algo muy distinto: cristiano (Eduardo Obregón, "Las razones del proletariado", Madrid, Ed. Euramérica, págs. 7 y 13).

7) Cuán diferente es la creencia de algunos de nuestros paladines revolucionarios americanos, se pone de manifiesto en las siguientes palabras de Fidel Castro: "Considero que, sin perjuicio de la libertad de cultos, la instrucción religiosa debe impartirse en las escuelas públicas, ya que creo que la religión es la base de la formación moral del hombre" (Declaración a Gustavo Pena Monte, "Noticias Católicas", La Habana, 14 de enero de 1959).

8) Sir Stafford Gripps escribió: "Me complacería oír un nuevo y práctico credo pronunciado en su corazón por los cristianos de todo el mundo, y que fuese algo de este tenor:

"Cred en la fraternidad de todos los hombres, cualesquiera que sea su raza, credo, fe o clase, según nos enseñó la divina vida de Cristo; y prometo, sin pensar en mis intereses propios, trabajar incesantemente para establecer, con mis acciones diarias la medida de justicia y equidad que en mi propio país y en todo el mundo es la única base de venturosa comunidad cristiana de vida entre todos los pueblos".

"Nunca cederé ante los poderes del mal, ni ante la falta de equidad o ante la injusticia, por mucho que personalmente pueda sufrir a causa de mi resistencia. Siempre lucharé por ello, aquí como allí, porque creo que sólo de ese modo puede establecerse el reino de Cristo en la tierra". ("Hacia la democracia cristiana", Barcelona, 1946, págs. 82 y 83).

9) Por ello, nos hallamos en total desacuerdo con aquellos que consideran como lo más importante de nuestro tiempo la consecución de la justicia social, relegando a un segundo término la libertad. Si pensáramos así iríamos del brazo de los comunistas. Precisamente, porque tenemos un sentido religioso de la vida, estimamos que la libertad es consustancial al hombre, pues la necesita también para organizar la sociedad conforme a dictados de la razón y justicia, eligiendo sus estructuras sociales y sus gobernantes adecuadamente a su concepto del bien común (Libertad política).

Privarle al hombre de su libertad política es negarle uno de los derechos naturales fundamentales y, por ende, incapacitarle para alcanzar una justicia social plena.

10) La Iglesia no enseña solamente la resignación, sino también el derecho de defenderse contra los opresores, con todos los medios posibles y permitidos, a fin de obtener la justicia que le corresponde al ser humano. (Luigi Civardi, "Défense du mouvement social chrétien", en "L'Osservatore Romano", 9 de enero de 1949).

11) "Ensayos", Madrid, 1951, I, págs. 987 a 990.

12) Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1947.

13) Roma, Ed. "La Civiltà Cattolica", 1952.

(14) Entre otros libros: "Revolution personaliste et communitaire", París, 1935.

15) Miret Magdalena, Enrique. "Reflexiones sobre el hombre católico español de nuestros días". Rev.

"Espiritualidad seglar". Madrid, N° 27, págs. 9 y 10.

16) Barcelona, Ed. Destino, 1953.

17) Si en el orden filosófico adoptamos una posición espiritualista; en el jurídico, partimos de la "Teoría de la Institución" de Maurício Hauriou y Jorge Renard, para elaborar nuestra concepción comunitaria; y, en el político, nos adherimos, en principio, al Socialcristianismo, para desde él plantear la necesidad de un "Sindicalismo comunitario", de signo democrático y cooperativo.

18) París, 31 de agosto de 1958. núm. 3.

19) El Movimiento Social Cristiano que viene a corregir las deficiencias del régimen capitalista actual, no combate los derechos del empresario, si no sus privilegios; no niega los derechos del capital, sino sus ganancias abusivas. No es opuesto a que el capital participe en la dirección de la empresa, sino al hecho de que tenga su monopolio, considerando únicamente al trabajador como elemento del precio de venta de la mercancía (Luigi Civardi, op. cit., lug. cit.)

Dejamos constancia que en el planteamiento de esta cuestión nosotros somos más radicales en desmontar el presente sistema capitalista, como único me-

dio de alcanzar una estructuración social justa, y, en segundo término, vislumbramos la sociedad futura como la ordenación jerárquica de comunidades e instituciones, donde el hombre juegue papel importante por su libertad y capacitación, pero sin que nunca su "status" de propietario pueda suponer un peligro para la dominación de sus semejantes.

20) "Información Democrática Cristiana", publicada por la Unión Demócrata Cristiana de Europa Central, Nueva York, Nov.-Dic., 1958, N° 6.

21) Con esta afirmación estamos lejos de pretender socavar el prestigio internacional de los EE. UU. más sí de llover sobre mojado, uniéndonos a las voces de alarma que persistentemente se vienen dando, cuando en ocasiones yerra la política del gobierno norteamericano desvirtuando los altos ideales de la democracia. Porque tenemos conciencia de la gran misión histórica del pueblo norteamericano y de sus grandes virtudes cívicas, no ha mucho puestas de relieve por Jacques Maritain en su trabajo "Reflexiones sobre Norteamérica" (Revista "Cuadernos", París, N° 32, págs. 3 y sig.; y en su libro sobre la materia con el mismo título), es por lo que nos permitimos insistir sobre este asunto.

POLITICA INTERNACIONAL (continuación de la pag. 10)

se dedicarán a la enseñanza o a la investigación. No existe, como en Estados Unidos el interés de los profesionales por ingresar a la industria, porque los sueldos que se pagan en la educación y en la búsqueda científica son superiores a los que se permite pagar en la industria".

Por otro lado, M. Maurice Letort, presidente del Comité Consultivo de la Investigación Científica y Técnica de Francia, que viajó hace unos meses al VIII Congreso Mendeleiev, celebrado en Moscú, anota que la Academia de Ciencias de la URSS, que aprupa a 10 ó 12.000 investigadores y 3.000 egresados de las Facultades científicas, que investigan también, bajo la dirección de aquéllos, para presentar sus tesis de grado, dispone de un presupuesto anual de 200 millones de dólares para sus trabajos. Resulta así que Rusia, en proporción a su población, gasta cinco veces más que Francia en la investigación científica pura. Además, para atraer a este campo a los hombres más capaces, les ofrece ventajas sociales y materiales que los países "espiritualistas" de Occidente reservan a sus gerentes de industrias o a sus estrellas de cine. Gracias a esta política, con un equipo de

280.000 científicos y 7.500.000 técnicos con formación secundaria o superior, Rusia tiene actualmente, en opinión de M. Letort —que es autoridad en la materia— el primer lugar en la investigación científica y en el desarrollo de la ciencia aplicada. El Estado omnipotente centraliza los recursos y, de acuerdo con un plan general, que contempla las necesidades políticas, militares y económicas, los aplica allí donde conviene a sus fines.

Esto explica los éxitos rusos en la carrera por la conquista del espacio y en el desarrollo de su economía. Se ha pagado un precio sencillamente inhumano, pero, de 1950 a la fecha, la producción rusa ha duplicado, en tanto que la norteamericana ha subido en poco más de un 40%. De tal manera, la afirmación de Khrushchev de que, a la vuelta de unos años, la URSS alcanzará los niveles de EE. UU. no es una mera bravata. Y entonces, mostrando su ejemplo y ofreciendo sus técnicos y sus capitales a los países subdesarrollados, la Rusia Soviética, si no el comunismo, podrá ganar la guerra sin disparar un tiro y "enterrar al capitalismo"...

VIAS PARA TRANSFORMAR LA EMPRESA CAPITALISTA

Héctor Valenzuela Valderrama

Durante muchos años la Democracia Cristiana ha venido afirmando ante la opinión pública que si se quiere realizar el ideal de una sociedad más justa, más humana y más cristiana, es preciso sustituir las actuales estructuras económico-sociales creadas por el capitalismo individualista. Los frutos del sistema imperante están a la vista: adelanto material del que disfrutaban unos pocos y retroceso moral de alcances vastísimos, culto al materialismo, lucro desenfrenado, inquietud social, miseria económica de la masa popular, injusticia, irritantes desigualdades, menosprecio de la persona humana. Las estructuras que han producido tales frutos deben caer y dar paso a otras nuevas, asentadas sobre principios cristianos. De ese cambio surgirá la llamada *sociedad comunitaria*, en la cual se conjugarán de manera armónica la consideración debida a la dignidad de la persona humana, y el esfuerzo creador de todos para lograr el bien común de la sociedad.

En un futuro cercano, inexorablemente, la Democracia Cristiana asumirá las responsabilidades máximas en la dirección del país. Ya tiene actualmente responsabilidad legislativa; pronto ésta habrá de ser mayor. Urge entonces hacer que la teoría baje a la arena de las realidades, especialmente en campos cuya transformación es condición básica para poder sustituir los actuales esquemas económico-sociales. Tal es el caso de la reforma de la empresa capitalista.

Pues bien, ¿cuál es el alcance de dicha reforma? ¿Cuáles son los pasos concretos que es necesario dar para obtenerla? ¿Cuáles son sus etapas? Sin presumir de absolutamente original, puesto que este mismo asunto ha sido ya enfocado por otros desde diversos ángulos, el autor de estas líneas espera que ellas puedan resultar útiles para impulsar el cumplimiento de una tarea en la que está comprometido el futuro de la Democracia Cristiana.

SUPUESTO NECESARIO: CONCEPTO CRISTIANO DEL TRABAJO

El trabajo es un *deber* y un *derecho* de todos los hombres, cualquiera que sea la situación social que ocupen. Tiene a la vez un carácter individual y social. Su finalidad es perfeccionar las energías intelectuales y corporales de la persona, procurar el adecuado desenvolvimiento de la vida humana y satisfacer las exigencias materiales; en este sen-

tido el trabajo aparece como un creador de bien común, porque a través de la producción de bienes va creando las condiciones necesarias para que todos los hombres puedan disponer de un *mínimum* de bienestar material que haga posible su perfeccionamiento moral.

Del hecho de que el trabajo sea un deber para todo hombre, se sigue el derecho que éste tiene para exigir que la sociedad le proporcione las posibilidades de desarrollar una actividad digna, destinada a procurarle los medios adecuados para su integral subsistencia. Por consiguiente, el progreso económico no puede construirse sobre la base de la postergación del trabajador, sino que, por el

Entre los días 23 y 27 de octubre se realizará en Lima (Perú) el V Congreso Internacional Demócratacristiano. A la delegación chilena que concurrirá a dicho torneo le corresponderá desarrollar el tema "Reforma de la Empresa".

Con el ánimo de colaborar al mayor éxito de tan importante Congreso, POLITICA Y ESPIRITU entrega a sus lectores el presente artículo, y los invita a escribir sobre el mismo tema.

contrario, debe estar a su servicio. Todo plan de desarrollo industrial o de fomento debe considerar de un modo especial el nivel de vida y la preparación técnica adecuada de quienes hagan posible su realización.

La estructura capitalista y liberal de la economía contemporánea impide, de hecho,

el desarrollo integral de estos conceptos y su realización en el plano concreto, y al colocar al capital y al trabajo en un pie de pugna y divorcio fomenta la lucha de clases e impulsa el avance de otros sistemas anticristianos, como, por ejemplo, el comunismo.

OBJETIVOS DE LA REFORMA DE LA EMPRESA CAPITALISTA

El objetivo fundamental que persigue la Democracia Cristiana al propugnar la transformación de la actual empresa capitalista, es la destrucción del antagonismo existente entre el capital y el trabajo, devolviendo a la empresa su verdadera naturaleza, que es la de una *asociación entre el capital y el trabajo formada para conseguir el bien común de los hombres que la integran, dentro del bien común general del país.*

La empresa no pertenece exclusivamente a los dueños del dinero invertido en ella, pues debe considerarse que junto a la propiedad de los bienes físicos de la empresa está la propiedad de la *"empresa en marcha"*. Esta última constituye un valor nuevo, distinto y superior al anterior, y representa una entidad económica y productiva que corresponde tanto al capital como al trabajo.

Los elementos societarios que existen en toda empresa resultan evidentes si, rechazado el concepto capitalista y anticristiano de que el trabajo es una mercancía sujeta a la ley de la oferta y la demanda, se considera que cada uno de sus miembros aporta algo, sea

dinero o esfuerzo personal, y que ambos igualmente afrontan riesgos.

Es lógico, en consecuencia, que tanto el capital como el trabajo obtengan una retribución adecuada a la naturaleza y a la importancia de sus aportes. El capital tiene derecho a exigir un interés legítimo y el trabajo tiene un derecho igualmente cierto a obtener una remuneración justa. El saldo de beneficios ha de repartirse en proporción a los aportes de cada una de las partes.

Es preciso dejar perfectamente en claro que la transformación de la actual empresa capitalista que propugna la Democracia Cristiana no mira sólo al aspecto económico, ya que cae dentro de lo posible el que el nuevo régimen (sobre todo en las primeras etapas de la reforma, etapas que pueden ser más o menos largas) el trabajador no obtenga a veces un aumento substancial de los bienes materiales que recibe, sino que muy principalmente al *aspecto moral* del problema: sólo así será posible asegurar al trabajador el resguardo de su dignidad de persona en el proceso productor.

MEDIDAS CONCRETAS PARA REALIZAR LA TRANSFORMACION DE LA EMPRESA CAPITALISTA

La realización total de estos conceptos exige un trabajo previo de convencimiento colectivo y el abandono de posiciones retrógradas que es preciso ir superando. Es necesario que las partes interesadas comprendan que esta ecuación es la que contempla de una manera más justa la situación y el verdadero interés de cada una de ellas, promoviendo así de un modo definitivo la paz social.

La Democracia Cristiana debe, por tanto, tratar de que, además de los preceptos legislativos tendientes a realizar las ideas anterior-

res, se contemple un conjunto de medios eficaces que consigan la creación del ambiente de colaboración entre el capital y el trabajo, necesario para la consecución de tales propósitos.

Para alcanzar concretamente la transformación de la empresa capitalista en empresa comunitaria, será preciso obtener sanción legal para las siguientes ideas básicas, sin cuyo afianzamiento jurídico toda reforma se torna ilusoria:

- a) La estabilidad de los trabajadores en el empleo;
- b) La participación del trabajo en la gestión de la empresa;
- c) La participación del trabajo en las utilidades de la empresa; y

d) El acceso paulatino del trabajo a la propiedad de la empresa.

Examinaremos brevemente cada una de estas ideas.

a) Estabilidad de los trabajadores en el empleo.

El primer paso para realizar la reforma indicada es reconocer al trabajo su calidad de *elemento societario permanente* en la estructura de la empresa, otorgándole la estabilidad en el empleo mientras cumpla con las exigencias legales, de manera que el trabajador no pueda ser despedido sino por causas que, inspiradas en la justicia, determine la ley.

En el caso particular de Chile, resulta evidente que para conseguir lo anterior es imprescindible reformar el actual sistema de desahucio que consagra el Código del Trabajo, y dictar una nueva reglamentación sobre la terminación del contrato de trabajo, a fin de que el patrón o empleador no pueda poner término arbitrariamente a los servicios del trabajador, sino en aquellos casos en que la ley lo justifique plenamente. La estabilidad del trabajador en el empleo supone, además, el establecimiento de un adecuado régimen de indemnizaciones establecidas en favor del obrero o empleado que sea despedido con violación de las disposiciones reguladoras de la terminación de los servicios.

Sin embargo, la perfección en este sentido se alcanzará sólo cuando se obtenga la dictación de una *“ley de propiedad del empleo”*. Y no es ésta una meta utópica o demagógica; por el contrario, su fundamentación teórica tiene raíces en elementales principios cristianos.

En efecto, de acuerdo con la doctrina cristiana, el trabajo es para el hombre —como quedó dicho antes— un deber y un derecho, cuyos orígenes son divinos. La sanción legal para la idea insinuada tiende a afianzar al hombre en el cumplimiento de su deber de trabajo y a darle la garantía de su derecho al trabajo. Según ello, su empleo es *propiedad* suya; él es *dueño* de su empleo, con la misma razón y fuerza jurídica con que es dueño, por ejemplo, del terreno que adquirió mediante sus ahorros. Nadie le puede quitar ese te-

rreno, salvo la comunidad en que vive, por razones de utilidad pública calificada por ley, caso en el cual la expropiación por la que se paga un precio equivale a la compra de su derecho. Podrá, sí, perder su derecho sobre el terreno del ejemplo propuesto, si no cumple con las leyes que le obligan a pagar ciertas contribuciones.

Así también en el caso de la “propiedad del empleo”: la ley calificará las circunstancias y formas como le puede ser “expropiado” (valga la expresión) su empleo. Y no se crea que una ley tal habría de ser póliza de seguro para flojos, irresponsables y deshonestos: el trabajador perderá el derecho de propiedad sobre su empleo si no cumple con requisitos esenciales —fijados por la propia ley— de honradez, capacidad y cumplimiento responsable y fiel de las obligaciones, calificación de incumplimiento que sólo podrá corresponder al poder judicial.

Es natural que ante el solo enunciado de esta idea, surjan del seno de nuestra egoísta sociedad mil objeciones. Frente a ello, sólo quiero adelantar tres cosas: 1º Difícilmente se podrá hallar una sola conquista social lograda por las fuerzas del trabajo, que en su oportunidad no haya recibido mil objeciones y mil ataques de los amos del capital; 2º Las mismas objeciones —las serias y hechas de buena fe— pueden ser muy útiles para mejorar la idea y obviar sus dificultades, y 3º La idea tiene una raíz humana y cristiana inobjetable. Por eso, el partido o movimiento político que logre llevarla a la realidad pasará a ser el dueño del corazón agradecido de los trabajadores, pues les habrá dado el fundamento más sólido y seguro (del que hoy carecen) para poder exigir de pie, y no humillados y temerosos, el reconocimiento de sus derechos y el cumplimiento de sus aspiraciones legítimas.

b) Participación del trabajo en la gestión de la empresa.

El camino para conseguir esta participación es la creación de los *comités de empresas*. Ello permitirá ir formando ese clima de armonía que es fundamental para la marcha de la empresa, al mismo tiempo que preparará a los obreros y empleados ambientándolos en la amplia comprensión y en el manejo de los problemas de la institución en donde prestan sus servicios.

Las principales atribuciones de estos comités pueden analizarse considerando el plano social y el económico de la actividad de la empresa.

En el *plano social*, los comités deben cooperar con amplias facultades, conjuntamente con la dirección de la empresa, en el mejoramiento de las condiciones de trabajo y de vida del personal, tanto de aquellas que sean puramente materiales, como de las que miren a la interpretación de las disposiciones legislativas y reglamentarias; en este sentido los comités de empresas deben tener ingerencia en todo lo que diga relación con las obras sociales de la empresa, tales como establecimiento de cooperativas, economatos, pulperías, etc.

Desde el *punto de vista económico*, su papel sería, en un principio, estrictamente con-

sultivo en las cuestiones que incidan en el rendimiento de la producción, en su aumento, así como también en los problemas que graviten en torno a la gestión propiamente dicha de la empresa: organización, marcha general, situación y actividad de la misma. En este plano, los trabajadores deben tener derecho a observar la gestión financiera de la empresa, a estudiar sus balances, el estado de los precios, la determinación de los costos y la afectación de beneficios; igualmente a revisar la contabilidad y a asistir a las deliberaciones de los Consejos directivos en las sociedades anónimas.

Las ideas expuestas en materia de participación del trabajo en la gestión corresponden a la primera etapa, que es la de transición de la empresa capitalista a la nueva empresa comunitaria, pues a medida que el sentido de solidaridad entre el capital y el trabajo se afiance y progrrese, corresponderá al legislador y a los propios interesados ir perfeccionando los comités de empresas para adaptarlos a fases más desarrolladas, en las que el trabajo pueda asumir mayores responsabilidades no sólo en el simple aspecto administrativo, sino también en la dirección misma de la empresa en su relación con el mercado.

c) Participación del trabajo en las utilidades de la empresa.

Este punto de la reforma ha de tener como meta un *justo reparto del beneficio común*. La justicia en este caso significa concretamente que las utilidades deben repartirse en proporción al esfuerzo que aporta cada cual al proceso productor.

Con respecto al *capital*, será preciso distinguir para los efectos de asignarle una cuota en las utilidades, entre *capital creador* o fundador de la empresa o de nuevas técnicas dentro de ella; *capital asociado*, representado por el poseedor de capital que al mismo tiempo aporta trabajo; y *capital pasivo*, que corresponde al mero accionista que contribuye sólo con su dinero.

Con respecto al *trabajo*, también será necesario hacer una discriminación entre el tra-

bajador creador, que dirige o planea un adelanto técnico; el *trabajador asociado*, que aporta su esfuerzo subordinado de un modo permanente; y el *trabajador temporal*, que sólo esporádicamente labora en la empresa.

De acuerdo con la concepción recién expuesta, corresponderá una mayor participación al capital y al trabajo creadores, pues a ellos la comunidad debe la iniciativa en la fundación de una nueva actividad económica y en el progreso de las técnicas de producción; una participación menor que la anterior, al capital y al trabajo asociados, que se limitan a cooperar en el proceso productor de un modo permanente; y finalmente, en el último grado de esta escala jerárquica

de participaciones, el capital pasivo y el trabajador temporal, que no se encuentran ligados en modo alguno a la empresa desde el

punto de vista moral, recibirán una participación necesariamente inferior que la de los otros factores.

d) Acceso paulatino del trabajo a la propiedad de la empresa.

El mayor beneficio económico proveniente de la participación en las utilidades de la empresa, que recibirán los trabajadores, permitirá su acceso paulatino a la propiedad misma de la empresa. Los sistemas prácticos que puedan utilizarse en este sentido variarán, como es obvio y natural, según las circunstancias concretas de lugar, clase de actividad, grado de cultura, etc., existentes en un momento dado.

Puede, sin embargo, señalarse, por vía de ejemplo, como uno de tales sistemas, el de *accionariado del trabajo*, según el cual el tra-

bajador recibirá como una cuota de su participación total en las utilidades un número determinado de acciones de capital. Merced a ello se irá transformando de simple asalariado que arrienda a otros sus servicios, en co-dueño de la empresa que con su esfuerzo ha ayudado a levantar o a mantener en un aceptable nivel de productividad.

Cuando esta última meta se haya logrado, la vida tendrá para el trabajador un sentido distinto del actual, porque entonces se habrá redimido su dignidad de persona humana.

LA FIESTA DEL REY ACAB — 2ª edición

por *Enrique Lafourcade*.

El retrato de los personajes, métodos y ambiente de una dictadura en una isla del Caribe, singularmente parecida a una que existe en realidad. Una novela apasionante

\$ 2.000

UN ANGEL PARA CHILE — 3ª edición

por *Enrique Bunster*.

En menos de cuatro meses se han publicado tres ediciones de esta humorística historia del tony "Porotito y de sus aventuras en el Chile de 2015, que es una aguda caricatura del actual. Tercera edición por agotarse

\$ 1.600

Acaba de aparecer

UN LIBRO DE PRIMERA IMPORTANCIA

CRECIMIENTO ECONOMICO DE AMERICA LATINA

Problemas Fundamentales

por *Alberto Baltra*

Todos los problemas que enfrenta la economía latinoamericana y su proyección en el destino y la política del continente, analizados con desprejuiciada objetividad por un estudioso que domina la materia

\$ 2.000

CAPITALISMO Y PENSAMIENTO CRISTIANO

Jaime Castillo Velasco

En una nota anterior (conf. Pol. y Esp., N° 227) tuvimos oportunidad de referirnos a las posiciones ideológicas del destacado teórico del Partido Conservador Unido, el señor Héctor Rodríguez de la Sotta. Dijimos que, dentro de la polémica contra la Democracia Cristiana, él es uno de los especialistas en economía, cuya tarea parecer ser la de suministrar las pruebas de dos tesis fundamentales: una, la identidad de la doctrina social católica y el capitalismo; la otra, el carácter no cristiano de toda tentativa desti-

nada a introducir cambios en las bases esenciales del sistema capitalista. Ambas proposiciones, como se advierte, se complementan y forman la base de una argumentación que no por asombrosa deja de ser ampliamente difundida en medios sociales católicos.

El intento acaba de ser renovado. Un opúsculo de reciente aparición (1), permite al señor Rodríguez volver a formular sus antiguas ideas. Nos interesa aquí ensayar un examen de su contenido.

Las tesis del señor Rodríguez de la Sotta

En primer término, se plantea una definición del capitalismo: es —se nos dice— aquella manera de proceder en el campo económico según la cual unos aportan el capital y otros el trabajo (2). El capitalismo, así definido, no ha sido objeto de un juicio de reprobación por parte de la Iglesia. Por tanto, es necesario postular su legitimidad en sí. De aquí mismo se desprende el deber de no atacarlo. Más aún, la fórmula antes descrita supone el reconocimiento del derecho del hombre a la propiedad privada de los medios de producción y de consumo. Esta propiedad es de Derecho Natural. El capitalismo descansa, por lo tanto, en el derecho de propiedad privada, tal como lo entiende la filosofía cristiana tradicional. Combatir el capitalismo será, por tanto, combatir la propiedad de Derecho Natural. Con ello ha quedado establecida la identidad de fondo entre ese sistema y la filosofía social que se desprende del Cristianismo.

Se impone, pues, ahora la necesidad del Derecho Natural de defender el capitalismo. Si salimos de él, caemos en la negación del Derecho Natural. Caemos simplemente en el colectivismo, como sistema. De allí resulta por lógica elemental que cualquier tentativa de inventar nuevos métodos económico-sociales será, a la vez, adverso a la doctrina católica y destinada al fracaso. El capitalis-

mo tiene a su favor la naturaleza de las cosas; por tanto, las leyes naturales en que descansa no pueden ser violadas. Entre estas leyes debe contarse, en primer lugar, aquella según la cual el hombre se mueve por el estímulo de su interés particular. Modificar esta ley es alterar la realidad. Allí comienzan las utopías.

Es verdad que el sistema capitalista ha sido aplicado y se han cometido abusos. Pero tales deficiencias no significan restar validez o verdad a la esencia del régimen. Los abusos pueden ser corregidos y de hecho así sucedió ya. El capitalismo de hoy no crea injusticias. Más bien, habría que señalar que los avances en el campo de las reformas comienzan a amenazar a la propiedad privada misma, o sea, al Derecho Natural. Por lo demás, las críticas contra el capitalismo son exageradas o erróneas. La buena fe, el sentimentalismo, la ignorancia inventan fantasmas de horror y miseria, pero no comprenden las causas verdaderas de los hechos ni su alcance exacto. El capitalismo es el régimen que ha producido un incremento maravilloso y nunca antes visto del progreso humano. De ahí que sea necesario elegir: o el capitalismo o el colectivismo. Un tercer camino significa adoptar este último término. La definición que se nos exige es en suma, entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Hasta aquí el señor Rodríguez de la Sotta.

Una argumentación viciosa

Tenemos para nosotros que todo eso es una viciosa argumentación. Algunos puntos permitirán aclararlo.

Obsérvese, en primer término, que, de acuerdo con ella, se obtiene una conclusión favorable al sistema capitalista real, vivo y palpante, a partir de un esquema pensado justamente con **abstracción** de esa realidad. En efecto, la fórmula sobre el aporte separado de capital y trabajo, no dice nada acerca

del funcionamiento mismo del sistema. Puede ser un capitalismo abusivo o moderado. Puede haber sido objeto de una realización, puede no haber existido. El mecanismo de que habla (aporte separado del capital y del trabajo) carece de significado histórico. No se piensa esta fórmula como un hecho, sino como una abstracción que **ha dejado de lado** precisamente las circunstancias en que puede insertarse dicho mecanismo. La realidad

está, pues, ajena a la definición dada. El señor Rodríguez lo sabe, por lo demás, perfectamente. De ahí que él insista en que no plantea ningún problema histórico, concreto. El —dice al comienzo—, se atiene a esa fórmula, y parece que toda su polémica va a estar dirigida a defender el capitalismo abstracto incluido en ella. Cualquier observación que ligue el esquema con la realidad es desechado con el mismo argumento: no hablo de la realidad; me ocupo sólo de la definición teórica.

Pero, sin duda alguna, si este capitalismo abstracto está pensado para no ser puesto a prueba por la historia, entonces es vicioso un argumento en que, sobre la base de dicha definición, se llega a formular juicios de valor sobre el capitalismo real.

La verdad es que el señor Rodríguez se desliza insensiblemente de una etapa a otra de su argumentación. Avanza en puntas de pies... Al principio, sólo aspira a dejar sentada la legitimidad en sí del capitalismo. Con ese objeto, se repliega sobre la fórmula conocida. Pero, muy pronto, y antes de que nos demos por apercebidos, ya ha entrado en una nueva etapa. El aporte de capitales supone la propiedad privada de éstos. O sea, el derecho natural de propiedad. Este derecho se toma en un sentido positivo: la naturaleza exige que

haya propiedad privada del capital. La mera legitimidad en sí se ha convertido, pues, en necesidad de la naturaleza. Pero, no sólo eso. Cabe dar un paso más... La filosofía católica, cuya verdad, en definitiva, depende de una declaración pontificia (3), ha proclamado que ese Derecho Natural es su doctrina. El Papa ha hablado de ello, ha estatuido sobre el Derecho Natural de propiedad privada. ¿Cómo, pues, no comprender que lo que era legitimidad en sí, primero, necesidad de la naturaleza, después, puede llegar a ser ahora la doctrina oficial, el dogma establecido, la afirmación sin réplica de la autoridad eclesiástica?

Eso no es todo, sin embargo. La doctrina de que hablamos se verifica puntualmente a través de las leyes naturales. El régimen capitalista no es sino el respeto a las leyes naturales de la economía. La Iglesia no se aparta de ellas. La Iglesia no ha hecho otra cosa que confirmar las leyes de la economía liberal. Y la ética cristiana no dice una sola palabra que contradiga a ésta. Por el contrario, la confirma integralmente.

Aclaremos: todo esto fue sacado, con artes de prestidigitador, del sombrero vacío de esa legitimidad en sí, obtenida, a su vez, de ese otro sombrero vacío que era la famosa fórmula tantas veces citada (4).

La propiedad y el capitalismo

Hay consenso entre los intérpretes cristianos de la sociedad capitalista sobre el hecho de que el régimen económico liberal produjo desigualdades e injusticias atroces. El señor Rodríguez lo acepta, pero introduce una restricción: ello ocurría aún —dice— en la época de León XIII, pero había mejorado substancialmente en la de Pío XI (5).

Pues bien, si tal es el hecho, ¿qué actitud debiera adoptar un cristiano? ¿Modificar dicho orden o defenderlo? Parece lógico suponer que el punto de aplicación de sus fuerzas sería esa realidad histórica que necesita ser transformada. Pero el señor Rodríguez no procede así. Desde 1932 (o sea, hace 27 años), se ocupa de pedir a los cristianos chilenos que mantengan el régimen capitalista. En vez de seguir la lógica interna del pensamiento al cual dice pertenecer, se repliega desesperadamente en las tesis económicas del viejo liberalismo, las repite letra por letra, las defiende con sutileza y vigor; por último, emplea toda su dialéctica en la operación de dar a esa filosofía social el respaldo de la concepción cristiana e incluso de la autoridad eclesiástica. O sea, hace exactamente lo que haría un liberal atacado de escrúpulos religiosos; pero jamás lo que se propondría un cristiano vitalmente impulsado por su doctrina.

Para justificar todo esto, el señor Rodríguez encontró un fisura por donde introducirse. Es el concepto de propiedad privada.

La propiedad privada, nos dice, es de derecho natural. El capitalismo se apoya en la propiedad privada. ¿Cómo exigir, por tanto, que aquél sea rechazado por un cristiano? ¿No se trata aquí de un capitalismo que se define como el procedimiento mediante el cual es lícito poseer medios de producción y emplear trabajo humano pagado con salario?

Pues bien, no se trata de eso. Es necesario decir que en esto hay un error sobre los nexos entre propiedad privada y capitalismo. Tratemos de resumir la doctrina de la propiedad según la filosofía cristiana:

De acuerdo con Santo Tomás, el derecho natural del hombre sobre las cosas exteriores se refiere sólo a la capacidad abstracta para poseer. Esto no incluye la determinación del modo —individual o colectivo— de propiedad. Ambos son lícitos, ninguno se desprende, con exclusión del otro, de la naturaleza de las cosas. Por razones prácticas, Santo Tomás estima que la propiedad privada es necesaria. Pero, esta opinión no está contenida en la ley natural. En cuanto al uso de las cosas, Santo Tomás de Aquino piensa que, aceptada la individualización y sobrepasados ciertos límites indispensables, las cosas deben usarse como si fueran comunes.

Las Encíclicas papales han modificado, a nuestro juicio, esta tesis. Ellas dan a la propiedad privada el carácter de derecho natural, no sólo en cuanto a que ella sea lícita,

sino también en cuanto a que es exigida por la naturaleza dentro de ciertos límites. Es evidente que aquí se trata de una opinión filosófica; en ningún caso, ella significa justificar la idea de un derecho no sometido a las exigencias del bien común.

León XIII y Pío XI combaten sólo la tesis de que sea permitido abolir totalmente la propiedad privada. Santo Tomás estimaría que eso es lícito aunque inconveniente.

Establecido que hay derecho a poseer bienes propios, los Papas aceptan que el derecho mismo y el uso de las cosas sea limitado por la ley positiva. En efecto, basta recordar su insistencia sobre el doble papel de la propiedad, individual y social, su exigencia de que el Estado vele por el bien común, su tesis expresa y tácita de que el Estado puede poseer bienes, como asimismo la comunidad y los grupos humanos particulares.

Por lo demás, la tesis de los Papas implica que la propiedad esté bien repartida y no en manos de muy pocos. O sea, va contra la naturaleza de las cosas un régimen en que eso sucede. No son las Encíclicas ni el Derecho Natural los que van a servir de base ideológica al concepto individualista de la propiedad.

El señor Rodríguez no se ha preocupado jamás de llegar tan lejos en su análisis. Para él, lo único que cuenta es poder afirmar, lo más pronto posible y con la mayor simplicidad, que la propiedad privada es de Derecho Natural. De ese modo, cree asegurado el carácter ortodoxo del sistema capitalista.

¿Dónde está, pues, la falla de su argumento? En que la propiedad-derecho natural no es la propiedad privada individualista. Cuando un teólogo católico piensa en la primera no tiene para nada en la cabeza la realidad social y económica del mundo moderno. Por el contrario, está pensando en algo que este mundo moderno ha negado persistentemente (6). Porque mientras la propiedad-derecho natural no se manifiesta sino en relación con el bien común de la sociedad, sea en cuanto al dominio mismo o al uso, la propiedad in-

dividualista supone que el derecho ha de ejercerse con vistas al bien particular del dueño. Se trata, pues, de dos universos completamente distintos. No podemos aquí traer citas que serían inagotables. Digamos tan sólo que hay necesidad de estar dominado por una fuerte obsesión para estudiar tales materias y no ver a cada paso que la identificación mecánica del concepto cristiano de la propiedad con la realidad capitalista es un abuso increíble. Hace falta un dogmatismo muy evidente, asimismo, para no comprender que carece de valor probatorio, en este caso, la fórmula abstracta antes citada. El hecho de que el sistema capitalista se base en la propiedad privada no autoriza para decir que es cristiano, ya que la "propiedad privada" adquiere un significado moral y social muy diverso según si está en un marco de convivencia cristiana o si se inserta en un cuadro individualista de la vida social. En otras palabras, el sistema cristiano de la propiedad condena igualmente a un mundo en que no se permite a nadie el acceso a la propiedad privada como a otro en que ésta se halle monopolizada por unos pocos. El señor Rodríguez piensa, en cambio, que este último caso no cuenta. Y por eso insiste varias veces en el alegato de que el Derecho Natural prohíbe tocar a los actuales propietarios.

Además, el pensamiento socialcristiano se orienta en el sentido de que, ante los problemas de nuestro tiempo, el Derecho Natural exige transformaciones de la propiedad. El comunitarismo no es sino una consecuencia de la doctrina. Es el bien común de las sociedades de hoy el que pide, de acuerdo con la filosofía y la moral cristianas, que los medios de producción pasen, en una medida determinante y por la voluntad de las grandes mayorías nacionales, a ser poseídos comunitariamente. Solamente mediante sistemas de apropiación societaria los hombres llegarán a ser propietarios, a sentir el estímulo de lo personal y la fuerza de la solidaridad, en un estado de cosas como el actual.

La Iglesia Católica y el capitalismo

¿La Iglesia Católica ha condenado el capitalismo? Para contestar esta pregunta deberíamos ponernos de acuerdo antes en el significado que vamos a dar al término "capitalismo". Por cierto, si se trata sólo de un esquema concebido como independiente de toda realidad y en el cual se supone la hipótesis de que el mecanismo capital-trabajo funcione dentro de las exigencias del Derecho Natural, entonces debemos decir que el capitalismo no ha sido condenado por la Iglesia. Pero, fuera de que este punto carece de interés y no ha sido nunca el centro de las preocupaciones de la Iglesia, de los economistas o de los po-

líticos, resulta que, de acuerdo con tal argumento, aquélla tampoco ha condenado nada, y menos, por ejemplo, el colectivismo. En efecto, el colectivismo es de derecho natural en el sentido de que la propiedad colectiva no está declarada ilícita. Por consecuencia, si nos limitamos a levantar una definición como podría ser la siguiente: "colectivismo es aquella manera de proceder en lo económico en virtud de la cual los ciudadanos, voluntariamente e interpretando el bien común de la sociedad, entregan al Estado o a comunidades de trabajo, la propiedad de los medios de producción fundamentales", en este caso, decimos,

el Derecho Natural no tiene nada que objetar ni la Iglesia que condenar. El señor Rodríguez se apresuraría a decir que eso es una utopía y que él habla de realidades. Exactamente lo mismo decimos nosotros en el caso suyo.

Mas, si por capitalismo entendemos, no la sutileza interesada de nuestro autor, sino la fachada económica del mundo moderno, es decir, de este mundo que progresivamente fue perfilando su cara adversa al Cristianismo,

La defensa del capitalismo real y la conciencia cristiana

A muchos parecerá extraño que se unan en una sola persona los caracteres de católico, anti-individualista y partidario del capitalismo actual. El señor Rodríguez de la Sotta se define como católico en cada una de sus publicaciones polémicas. Además, se declaró anti-liberal y anti-individualista en su discurso ante la Convención de 1932 del Partido Conservador. Sus dos ensayos de doctrina social lo presentan, ¡rara avis, no todos son tan francos!, como partidario del capitalismo. Lo hemos visto proceder con sutilezas. Tomó la precaución de definir bien su "capitalismo", a fin de no colocarse contra ninguna autoridad eclesiástica... Pero, su verdadero impulso lo arrastró adonde no habría debido llegar nunca. Sus dos ensayos en defensa del capitalismo, empiezan con el esquema y terminan con Estados Unidos. En uno de ellos pone el Evangelio al servicio de la realidad económica del liberalismo y niega la existencia de los males concretos que se atribuyen a éste. En este nuevo opúsculo descubre acaso con candor su secreto. "El régimen capitalista, de propiedad privada del capital, —nos dice—, lo propongo en nombre de la ciencia económica, como el único posible en el estado actual de nuestra civilización y como el único que, en la práctica, ha demostrado su innegable eficiencia y proporcionado el más alto grado de progreso y bienestar material a la humanidad, junto con el mayor respeto a la libertad y dignidad de la persona humana" (pág. 21). No estamos, pues, en la definición teórica, sino en "la práctica". El señor Rodríguez de la Sotta defiende, por lo tanto, ¡no ablandemos las palabras!, "como católico y para católicos", la organización social práctica, histórica, viva, condenada por la filosofía cristiana, la ética cristiana, la filosofía social católica y los documentos pontificios.

Preguntemos ahora: ¿es católico el señor Rodríguez de la Sotta? Nosotros creemos que estos hechos macizos, violentos, absolutos, demuestran que es católico, en la subjetividad interna de su conciencia y en su adhesión a los dogmas; pero, en la objetividad de su posición teórica y de su actitud política, es un individualista enemigo de lo más elemental del pensamiento cristiano.

entonces debemos decir, con todas sus letras, que la Iglesia es anti-capitalista.

El capitalismo y el mundo histórico a que pertenece son indisolubles. El rechazo perentorio de la concepción individualista entraña también el rechazo de la estructura económica correspondiente. Es imposible dejar como válido lo que no es sino el fruto, el efecto, la prueba concreta de un pensamiento integral desechado.

¿Y cómo puede ocurrir esto? De modo muy simple. La gran mayoría de los miembros del Partido Conservador Unido son individualistas, liberales y materialistas. Una cantidad enorme de hombres y mujeres que adhieren, como a la cosa más sagrada, a las creencias católicas son, en política, derechistas, o sea, individualistas, liberales y materialistas. Nunca han sentido la necesidad de relacionar sus creencias religiosas con sus opiniones sociales. El dualismo entre su posición subjetiva y su actitud concreta no lo perciben, ni se interesan en el problema. Su moral está fortalecida, además, por teóricos que les enseñan precisamente las diferencias entre individualismo y capitalismo. ¡O sea, la diferencia entre la premisa y la necesaria consecuencia de ella! Más aún, autoridades hay para las cuales la ortodoxia social consiste en mantener una suerte de neutralidad entre las diversas tendencias. Todas ellas son legítimas en sí. Se puede ser cristiano y partidario del individualismo económico. Se puede ser todo con tal de que nadie ataque formalmente a la Iglesia. La filosofía no inspira la acción social; ambas están separadas moral y psicológicamente. Otras llegan más lejos. Piensan que la doctrina eclesiástica es la doctrina liberal. Y, para ello, se fundan en el mismo error que sirve de base al señor Rodríguez: la propiedad privada, como derecho natural del hombre, es lo mismo que la propiedad privada del individualismo. En consecuencia, es del todo natural decir que el capitalismo no está condenado. Nada importa, pues, el argumento abrumador de que las bases espirituales, sociales y políticas del sistema capitalista, como también sus estructuras económicas y sus consecuencias prácticas, hayan merecido censuras contundentes, oficiales y oficiosas.

No hay que extrañar, por tanto, que toda una literatura decorativamente cristiana se haya constituido como una rama, una escuela, una parte del pensamiento cristiano o católico contemporáneo. Tales autores son "católicos" e incluso confesionales... pero rechazan todas las tentaciones destinadas a modificar la sociedad individualista en el sentido del Derecho Natural clásico. Ellos, por otra parte, son liberales y capitalistas, imitan, re-

pitén y citan como "la ciencia económica" a los creadores del sistema liberal individualista, defienden a macha martillo sus consecuencias prácticas y forman partidos políticos absolutamente inmersos en los intereses del mundo individualista... ¡pero son los portavoces del "catolicismo" en boga!

Este fenómeno ha pasado a ser moneda corriente. ¿Tiene algo de extraño que la preocupación de las mentes inquisitoriales esté dirigida solamente a escarbar, en los entretelones de la política, los errores de los demócrata-cristianos? ¡Estos son los "herejes"! Los partidarios de la recta interpretación de la filosofía social cristiana, o sea, los que creen en la posibilidad de un mundo económico no

separado de la moral; los que defienden prácticamente que el hombre es persona y no mero individuo biológico; los que trabajan por una sociedad que posea conciencia de un bien común y que organice la propiedad en forma de permitir el acceso a ella a la mayor parte posible de los hombres, ellos, decimos, son asaeteados por poderes civiles e incluso a veces eclesiásticos. En cambio, los representantes del viejo y tozudo materialismo social forman la falange "espiritualista" en lucha contra el comunismo, o sea, ¡contra su más legítima descendencia!

¡En mitad del siglo XX, muchos cristianos han hallado la manera de acusar al Cristianismo!

RETRACTACIONES

En su trabajo reciente, el señor Rodríguez de la Sotta propone retractarse de su tesis y abrazar las de los adversarios si se le demuestran dos cosas: primero, que es ineludible, para un cristiano, elegir entre el capitalismo y el colectivismo; segundo, que el capitalismo ha sido condenado por la Iglesia Católica.

Creemos haber cumplido esa doble tarea. Elegir entre el capitalismo y el colectivismo significa, si las cosas tienen sentido y no queremos engañarnos unos a otros, escoger entre el individualismo y el estatismo socialista. Ni una ni otra posición son cristianas. Por otro lado, formular ese dilema y preferir el capitalismo, entendido como un esquema sin realidad práctica, significa quedarse fuera de todos los problemas y dar lugar a que se fa-

brique otro esquema igualmente vacío en el lado opuesto.

Además, preguntar sobre la condenación del capitalismo por el pensamiento católico es interrogar acerca de la historia del mundo moderno. Si no hubiese tal reprobación al espíritu, la letra, las fuentes y las consecuencias del mundo moderno, en cuanto progresiva conciencia anticristiana, el Cristianismo habría fallado en su misión. El capitalismo es una realidad, un esquema vacío o un mero punto de apoyo para precisar alguna idea. En el primer sentido, el único que importa y que permite las consecuencias deducidas en doctrina y en política por el señor Rodríguez, se trata de una realidad anticristiana.

¿Sacará el autor las conclusiones adecuadas?

NOTAS

(1) Héctor Rodríguez de la Sotta, *La Propiedad Privada y el Capitalismo*, editado por el autor, 1959.

(2) Esta definición está sacada de un texto pontificio: *Quadragesimo Anno*, 37.

(3) El señor Rodríguez usa y abusa de este criterio. El edbiera saber perfectamente que la definición del capitalismo, por ejemplo, dada por Pío XI en *Q. A.*, 37, es una mera opinión. Es absurdo atribuirle otro alcance ni aún dentro del más estricto criterio católico. No obstante, el señor Rodríguez (que sabe muy bien discernir estos matices cuando le conviene), basa toda su especulación en el valor infalible, a priori y central de dicha fórmula.

(4) No queremos decir que, dentro del cuadro de la Encíclica *Quadragesimo Anno*, la fórmula sea vacía. Pero, es evidente que ella obedece a una abstracción puramente lógica, por cuanto los caracteres que definen al sistema capitalista son tomados en cuanto no se verifican en la realidad misma, sino sólo en el concepto. Por lo tanto, es necesario entender el párrafo pertinente de acuerdo con el sentido de pensamiento allí estampado. En otras palabras, la fórmula es vacía para los efectos de sacar de ella argumentos sobre

una realidad que fue expresamente eliminada al concebirla.

(5) Esta afirmación del señor Rodríguez (*La Propiedad...*, p. 23), nos resulta verdaderamente asombrosa y nos gustaría oír de él una explicación. Cualquiera que tome *Quadragesimo Anno* en sus manos se dará cuenta de que las "grandes mudanzas" del régimen económico de que habla Pío XI, en el párrafo 37, no son en el sentido de haberse atenuado la crudeza del capitalismo, sino, por el contrario, de haberse convertido en un sistema internacional, Pío XI describe lo que sucede "en nuestra época" en los párrafos 39 y 40. Su crítica iguala a las más fuertes del socialismo.

(6) Por ejemplo, la opinión de Pío XII es clarísima: "Al defender el principio de la propiedad privada, la Iglesia persigue un elevado propósito ético-social. No piensa defender absoluta y simplemente el estado actual de cosas como si viera en él la expresión de la voluntad de Dios, ni tampoco defender como cuestión de principio al rico y al plutócrata contra el pobre y el indigente. ¡Muy lejos de ello!" (*Discurso del 1º de septiembre de 1944*, cit. Hurtado, *El Orden Social Cristiano*, I, pág. 276).

Los LIBROS

LA FIESTA DEL REY ACAB,
por Enrique Lafourcade,
Editorial Del Pacífico, 1959.

Después de "Para subir al Cielo", novela realista —o mítico realista, como preferiría su autor—, y de sentido socio-sicológico, defectuosamente estructurada, pero deliciosamente fresca y bella en su forma estilística, Enrique Lafourcade nos pilló de sorpresa con esta "Fiesta del Rey Acab".

Aunque reconocemos en la obra esa gracia esencial, ese vivo ingenio que caracteriza a este escritor brillante y expedito, nos encontramos aquí con una nueva veta, que parecería contradecir la posición esteticista tantas veces por él manifestada. Lafourcade entra de lleno a un problema inmediato, de esos que —mal que nos pese y por mucho que tratemos de deligarnos de su real presencia— actúan sobre nosotros, los hijos de Latinoamérica. Mundo subdesarrollado (discreto eufemismo con que nos definen los organismos internacionales), Latinoamérica padece de un mal crónico. Una enfermedad siempre amenazante, a menudo transformada de crónica en aguda: la tiranía, la dictadura caudillesca.

Aunque el autor haya disimulado, tras un disfraz intencionadamente fácil de develar, el fondo de verdad de su novela, podemos situar la acción y los personajes. Y la obra tendría casi un valor simplemente anecdótico, si no fuera porque estos personajes trascienden la órbita de su acción real, para adquirir caracteres simbólicos. Este Dispensador Carrillo, tropical y caribe por añadidura, lo conocemos de sobra por sus tristes hechos; está vivo y reinante, todavía. Mas, su valor literario, trasladado ya desde la escena insular a las páginas del libro, excede los límites de su tiranizada patria; el hombre es accidente, pero el hecho es concreto. Cada país institucional, de apego a las formas democráticas contiene su amenaza. Largos años de vidas alejan, felizmente, el rayo de nuestro cielo. Pero los Dispensadores Carrillo palpitan en las sombras, prontos al asalto y al zarpaño. Cambiarán de nombre según sean sus pueblos, como cambian también de nombre en la novela de Lafourcade. Llámense Perón, Pérez Jiménez, Rojas Pinilla, Somoza, Trujillo, Stroessner, o como se llamen, allí están, con sus uniformes constelados, con sus gritos de democracia, de justicia y libertad. Bajo sus botas, hay pueblos maniatados, estudiantes presos, profesores mártires. Si alguien se levanta contra ellos, lo bautizan de comunista, y no faltan los tontos que les crean. Si alguien protesta, es rojo; si alguien

pide libertad, está al servicio del Soviet internacional; si alguien clama justicia, es agitador profesional. Y qué preocupación arruga las frentes de los sesudos internacionalistas cuando los pueblos, hastiados de oprobios y miserias se alzan en armas y los derrocan. Necesitamos entonces reuniones internacionales no para defender la libertad humana, sino para tratar sobre convivencia americana. Y en torno a las mesas de congresos y conferencias, se reúnen los delegados, todos juntos, los de la decencia y los otros; los de la libertad y los de la infamia, y escuchamos las sempiternas oraciones, y oímos cómo se adjetiva, y cómo se violan las palabras más sagradas: democracia, libertad, dignidad humana; son los "leit-motivs" habituales de los tiranuelos. Que detrás de esta verba estéril y vana haya cadáveres, asesinatos, robos, ultrajes, ¡ah! eso nos tiene muy tranquilos mientras nos podamos congregar en hermosas y embanderadas asambleas y estemos allí vomitando fórmulas, como si el bullicio de las palabras huecas pudiera acallar la ira de los pueblos.

Los Carrillo que frecuentan nuestra América como aves de rapiña conocen bien sus armas y sus métodos. Investiguen, si no, los lectores. Veán las magníficas ofertas: viajes especiales para conocer las ínsulas de los Carrillo, todo pagado, y dos mil dólares para gastos. Este es el precio. Basta extender la mano y cantar luego las adocenadas loas a los dispensadores, benefactores, patriotas, gentiles y cordiales amos.

Debemos pedir perdón: nos hemos salido casi por completo de la crónica literaria. Casi, porque la novela de Lafourcade que provoca estas líneas, contiene un maravilloso incentivo para aquellos que creemos en la dignidad humana. La obra nos obliga a la reflexión. Y esto ya es mérito bastante para celebrarla. Agreguemos que Lafourcade, con este libro, muestra una nueva faceta de su ingenio: locuaz, buen descriptor, sabe comunicar una atmósfera exacta y llevarnos por un camino de suspenso inminente, a través de una intriga bien tramada, lúcida, de clara y eficaz estructura novelesca. Escrita más a prisa que sus anteriores novelas, ésta a ratos se resiente de pequeños descuidos; hurgando con método, encontraríamos reproches de orden estilístico, ligeras incongruencias, y escenas de difícil verosimilitud. Pero nada de esto destruye el impulso que nos obliga a una lectura atenta y continuada, que nos corta el aliento, que nos conduce a un ámbito de pesadilla. Podríamos suprimir algunos capítulos, recortar otros. No importa: el libro es apasionante, entretendidísimo, ceraz y lógico dentro de lo imaginativo. Y oportuno.

Hernán Poblete Varas.

DOS SEMANAS DE ARTE

KATHE KOLLWITZ (1867-1945)

Mucho se ha escrito y, sobre todo, se ha hablado acerca de la participación de la mujer en las artes y, en especial, en las artes plásticas. Evidentemente la Historia del Arte nos proporciona escasos nombres femeninos y de ellos, en realidad, ninguno como figura de primera magnitud. Que hubo mujeres pintoras, las hubo, como la francesa Vigée Lebrun a fines del siglo XVIII o anteriormente la portuguesa Josefa d'Obidos. En el siglo pasado, nuevamente en Francia, Berthe Morisot logró destacarse en el grupo de los pintores impresionistas y más tarde Suzanne Valladon y Marie Laurencin. Pintura apreciable, la de estas mujeres, que consiguieron clavar su nombre en el árbol genealógico de la Historia del Arte.

Sin embargo, sería imposible imaginar como obra de mujeres los cuadros del Ticiano, del Greco, de Rembrandt, para citar sólo algunos nombres al azar del pasado, o de Cezanne, Gauguin, Matisse o Picassi para situarnos en la época actual. Significa esto que en el gran arte creador —y volvemos a insistir, en el arte plástico en especial— encierra una dosis de agresividad-armónica, la que en jerga artística solemos llamar fuerza, de la cual el ser femenino parece hasta el momento bastante alejado. Hasta ahora, cuando la mujer ha ocupado en la Historia del Arte, ha obtenido tal vez el primer lugar, pero no el lugar de honor que corresponde a los grandes maestros. ¿Por qué razón ha ocurrido esto? La explicación sería un poco difícil de dar. Si existe una incapacidad femenina para la gran creación estética o si los siglos de retraimiento intelectual han producido los efectos antes citados, de esto sólo el correr del tiempo lo podrá aclarar. Porque la mujer, al intervenir desde hace poco tiempo en la civilización occidental de una manera directa y en igualdad de condiciones que el hombre, podrá demostrar cuál es su verdadera medida creadora en el campo del arte.

Bien podría ser que al surgir un genio de la pintura encarnado en mujer nos abriera posibilidades hasta ahora insospechadas. Sería posible, tal vez, demostrar que la "agresivi-

dad-armónica" del hombre de la cual hablamos más arriba, se tradujera en una cualidad diferente y desconocida hasta el momento.

Mientras tanto una alemana, Käthe Kollwitz, planteó el problema del arte femenino en el tipo de un arte que podríamos llamar netamente varonil. Grabadora, la fuerza de su expresión, el vigor austero de su concepto artístico la asocia in mente al lado de los más enérgicos artistas.

Cuando a Käthe Kollwitz le ocurre abordar el tema de la madre y el niño —y lo hace con frecuencia— no deja traslucir ninguna falsa piedad, ninguno de los lagrimeos fáciles y sentimentaloides que ponen en peligro de ridículo el arte femenino en general, ni tampoco incurre en la idealización de lo bello que debilita frecuentemente toda expresión artística y predispone en cierto modo a un decadentismo (pensamos en Rafael y Murillo que nos dejaron una estela de tantos "falsos profetas" de la pintura).

El grabado de Käthe Kollwitz, cuya expresión se ha efectuado en la sala de exposiciones de la Universidad de Chile, adquiere la sobria monumentalidad del granito tallado. La intención de un arte social está latente en todos sus grabados. Käthe Kollwitz vivió esa época turbulenta de su país que abarcó varias guerras y los remolinos sociales que desde el siglo pasado han dominado al mundo y a Europa en especial. De todo ello Käthe Kollwitz nos da testimonio, tal vez con un cierto espíritu partidista. Arte social se le puede clasificar, pero arte socialista sobre todo, el de la grabadora alemana, pariente espiritual de otro socialista, el francés Courbet, precursor del actual realismo social. Podríamos decir en verdad que varias de las obras de Käthe Kollwitz muestran un aspecto socialista heroico, del cual el Doctor Zhivago del ruso Pasternak nos enseña el reverso de la medalla.

Indudablemente, la exposición de la grabadora Käthe Kollwitz ha satisfecho la curiosidad de nuestro público que conocía su nombre y sus obras por los libros de arte.

Ana Helfant.

MISERIA DE LA VIDA

“Las condiciones miserables y deshonorosas de la vivienda sólo pueden propagar la enfermedad, el crimen y la inmoralidad. Pueden también sofocar el espíritu y reducir a quienes la habitan al nivel del ganado. Pueden, en verdad, hacer de la vida una carga casi insoportable. Pueden ser una horrible llaga, una ruina que le roba a la comunidad el atractivo y hace de ella un lugar indeseable. La miseria de la vivienda puede despojar una comunidad, como una cloaca abierta puede arruinar un río”.

(De un fallo de la Corte Suprema de EE. UU.).

CONCURSO DE ENSAYO
sobre
SENTIDO REVOLUCIONARIO DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA
EN AMERICA LATINA

La revista POLITICA Y ESPIRITU convoca a un concurso de ensayo sobre las siguientes bases

- 1 Podrán participar en él todos los latinoamericanos o residentes en América Latina que se interesen por el desarrollo de las ideas de la Democracia Cristiana y su aplicación en nuestro continente.
- 2 Las obras serán inéditas y escritas en castellano y su extensión no será inferior a 30.000 ni superior a 40.000 palabras.
- 3 Los originales deberán remitirse en tres copias claramente mecanografiadas a dos espacios, por correo certificado, a Secretaría de Redacción de POLITICA Y ESPIRITU, casilla 3547, Santiago de Chile. El plazo de recepción de los originales vence el 31 de diciembre de 1959.
- 4 Los concursantes deberán enviar sus obras bajo seudónimo y acompañarán a ellas, en sobre cerrado, un pliego en el que indicarán su nombre y dirección.
- 5 Los ensayos deberán desarrollar la idea de una transformación revolucionaria de la actual realidad concreta de América Latina, por la aplicación de los principios de la Democracia Cristiana en el orden ideológico, político y económico-social.
- 6 El concurso será fallado por un jurado compuesto por el diputado venezolano de COPEL Luis Herrera Campins; el ex senador Radomiro Tomić y el director de POLITICA Y ESPIRITU, Jaime Castillo Velasco. El fallo será emitido en la primera semana de marzo de 1960.
- 7 Habrá un premio único e indivisible de doscientos cincuenta dólares. El autor percibirá, además, el 10% del precio de venta al público de cada ejemplar de su obra. Esta será publicada por la Editorial del Pacífico en el curso del primer semestre de 1960. Los concursantes se comprometen a autorizar dicha edición sobre la base del pago del referido derecho y demás estipulaciones usuales en los contratos de edición.

POLITICA Y ESPIRITU agradece en especial al dirigente de COPEL, Julio González, la iniciativa de este concurso y su generoso aporte, por el cual se establece el premio que constituye el estímulo pecuniario del certamen. La Revista espera contribuir, mediante concursos como el presente, a una más acabada definición de la ideología demócrata cristiana frente a los problemas de nuestra América.